

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LOS QUE AMAN, ODIAN

FOR
SILVINA OCAMPO
Y A. BIOY CASARES



EL SÉPTIMO CÍRCULO

LOS QUE AMAN, ODIAN

POR
SILVINA OCAMPO
Y A. BLOY CASARES



ESPA
EBOOK



El doctor Huberman llega al apartado hotel de Bosque de Mar «en busca de una deleitable y fecunda soledad». Poco imagina que pronto se verá envuelto en las complejas relaciones que los curiosos habitantes del hotel han ido tejiendo. Una mañana, uno de ellos aparece muerto y otro ha desaparecido. Bajo la amenaza de los cangrejales y del mar, aislados por una tormenta de viento y arena, las ya frágiles relaciones entre los personajes se tensan. Cualquier detalle es acusador, cualquier persona puede ser el asesino. Llegados a este punto, la novela se convierte en un fascinante viaje a través de las pasiones humanas, desde el amor hasta la envidia, la venganza, incluso el odio. Es aquí donde el carácter de los personajes cobra máxima importancia : los fantasmas y los deseos de cada uno, esos mundos imaginarios tan recónditos y secretos, forman parte del misterio que irá desvelándose a lo largo de la obra.



Adolfo Bioy Casares & Silvina Ocampo

Los que aman, odian

El séptimo círculo - 31

ePub r1.0

Titivillus 23.09.15

Título original: *Los que aman, odian*
Adolfo Bioy Casares & Silvina Ocampo, 1946
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espaebook.com

EL SÉPTIMO CÍRCULO



COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.

I

Se disuelven en mi boca, insípidamente, reconfortantemente, los últimos glóbulos de arsénico (*arsenicum álbum*). A mi izquierda, en la mesa de trabajo, tengo un ejemplar; en hermoso Bodoni, del *Satyricón*, de Cayo Petronio. A mi derecha, la fragante bandeja del té, con sus delicadas porcelanas y sus frascos nutritivos. Diríase que las páginas del libro están gastadas por lecturas innumerables; el té es de China; las tostadas son quebradizas y tenues; la miel es de abejas que han libado flores de acacias, de favoritas y de lilas. Así, en este limitado paraíso, empezaré a escribirla historia del asesinato de Bosque del Mar.

Desde mi punto de vista, el primer capítulo transcurre en un salón comedor, en el tren nocturno a Salinas. Compartían mi mesa un matrimonio amigo —diletantes en literatura y afortunados en ganadería— y una innominada señorita. Estimulado por et *consommé*, les detallé mis propósitos: en busca de una deleitable y fecunda soledad —es decir, en busca de mí mismo— yo me dirigía a ese nuevo balneario que habíamos descubierto los más refinados entusiastas de la vida junto a la naturaleza: Bosque del Mar. Desde hada tiempo acariciaba yo ese proyecto, pero las exigencias del consultorio —pertenezco, debo confesarlo, a la cofradía de Hipócrates— postergaban mis vacaciones. El matrimonio asimiló con interés mi franca declaración: aunque yo era un médico respetable —sigo invariablemente los pasos de Hahnemann— escribía con variada fortuna argumentos para el cinematógrafo. Ahora la Gaucho Film Inc., me encarga la adaptación, a la época actual y a la escena argentina, del tumultuoso libro de Petronio. Una reclusión en la playa era imprescindible.

Nos retiramos a nuestros compartimientos. Un rato después, envuelto en las espesas frazadas ferroviarias, todavía entonaba mi espíritu la grata sensación de haber sido comprendido. Una súbita inquietud atemperó esa dicha: ¿no había obrado temerariamente? ¿No había puesto yo mismo en manos de esa pareja inexperta los elementos necesarios para que me arrebataran mis ideas? Comprendí que era inútil cavilar. Mi espíritu, siempre dócil, buscó un asilo en la anticipada contemplación de los árboles junto al océano. Vano esfuerzo. Todavía estaba en la víspera de esos pinares... Como Betteredge con *Robinson Crusoe*, recurrí a mi Petronio. Con renovada admiración leí el párrafo.

Creo que nuestros muchachos son tan tontos porque en las escuelas no les hablan de hechos reales, sino de piratas emboscados, con cadenas, en la ribera; de tiranos preparando edictos que condenan a los hijos a decapitar a sus propios padres, de oráculos, consultados en tiempos de epidemias, que ordenan la inmólación de tres o más vírgenes...

El consejo es, todavía hoy, oportuno. ¿Cuándo renunciaremos a la novela policial, a la novela fantástica y a todo ese fecundo, variado y ambicioso campo de la literatura que se alimenta de irrealidades? ¿Cuándo volveremos nuestros pasos a la picaresca saludable y al ameno cuadro de costumbres?

Ya el aire de mar penetraba por la ventanilla. La cerré. Me dormí.

II

Cumpliendo estrictamente mis órdenes, el camarero me despertó a las seis de la mañana. Ejecuté unas breves abluciones con el resto de la media Villavicencio que había pedido antes de acostarme, tomé diez glóbulos de arsénico, me vestí y pase al comedor. Mi desayuno consistió en una fuente de frutas y dos tazas de café con leche (no hay que olvidarlo: en los trenes el té es de Ceylán). Lamente no poder explicar a la pareja que me había acompañado durante la cena de la víspera algunos detalles de la ley de propiedad intelectual; iban mucho más allá de Salinas (hoy Coronel Faustino Tambussi), y sin duda intoxicados por los productos de la farmacopea alopática, dedicaban al sueño esas horas liminares de la mañana que son, por nuestra incuria, la propiedad exclusiva del hombre de campo...

Con diecinueve minutos de atraso —a las siete y dos— el tren llegó a Salinas. Nadie me ayudó a bajar las maletas. El jefe de la estación —por lo que pude apreciar la única persona despierta en el pueblo— estaba demasiado interesado en un canje de pueriles aros de mimbre con el maquinista para socorrer a un viajero solitario, apremiado por el tiempo y los equipajes. Acabó por fin el hombre sus natos con el maquinista y se encaminó hacia donde yo estaba. No soy rencoroso, y ya se abría mi boca en una sonrisa cordial y la mano buscaba el sombrero, cuando el jefe se encaró, como un demente, con la puerta del furgón. La abrió, se precipitó adentro, y vi caer, amontonadas en el andén, cinco estrepitosas jaulas de aves. Me ahogó la indignación. Para salvarlas de tanta violencia de buena gana me hubiera ofrecido a cargar con las gallinas. Me consolé pensando que manos mis piadosas habían lidiado con mis maletas.

Velozmente me dirigí al patio trasero, para averiguar si el automóvil del hotel había llegado. No había llegado. Sin dilaciones decidí interrogar al jefe. Después de buscarlo un rato, lo encontré sentado en la sala desespera.

—¿Busca algo? —me preguntó.

No disimulé mi impaciencia.

—Lo busco a usted.

—Aquí me tiene, entonces.

—Estoy esperando el automóvil del Hotel Central, de Bosque del Mar.

—Si no le molesta la compañía, le aconsejo que tome asiento. Aquí, siquiera corre aire —consultó su reloj—. Son las siete y catorce, y mire que hace calor. Le soy verdadero: esto va a acabar en una tormenta.

Sacó del bolsillo un pequeño cortaplumas de nácar y empezó a limpiarse las uñas. Le pregunté si tardaría mucho en llegar el automóvil del hotel. Me respondió:

—Mis pronósticos no cubren ese punto.

Siguió absorto en su tarea con el cortaplumas.

—¿Dónde está la oficina de correos? —interrogué.

—Vaya hasta la bomba de agua, mis allá de los vagones que están en la vía muerta. Deje a su derecha el árbol, doble en ángulo recto, crucé frente a la casa de Zudeida y no se detenga hasta llegar a la panadería. La casilla de chapas es el correo. —En el aire mi informante seguía con las manos el minucioso trayecto. Después agregó—: Si encuentra despierto al jefe, le doy un premio.

Le indiqué dónde quedaban mis equipajes, le rogué que no dejara partir sin mí al automóvil del hotel y avancé por ese dédalo abierto, bajo un sol absoluto.

III

Aliviado por las instrucciones precisas que había impartido toda correspondencia a mi nombre debía remitirse al hotel, emprendí el regreso. Me detuve junto a la bomba y, después de enérgicos esfuerzos, logré engañar la sed y mojarme la cabeza con dos o tres chorros de agua tibia. Con paso vacilante llegué a la estación.

En el patio había un viejo Rickenbacker cargado con las jaulas de las gallinas. ¿Hasta cuándo tendría yo que esperar en ese infierno el automóvil del hotel?

En la sala de espera encontré al jefe conversando con un hombre abrigado con una gruesa campera. Éste me preguntó:

—¿El doctor Humberto Huberman?

Asentí. El jefe me dijo:

—Ya cargamos su equipaje.

Es increíble la felicidad que estas palabras me produjeron. Sin mayor dificultad logré intercalarme entre las jaulas. Iniciamos el viaje hacia Bosque del Mar.

El camino, durante Las primeras cinco leguas, consistió en una sucesión de pantanos; el progreso del meritorio Rickenbacker fue lento y azaroso. Yo buscaba el mar como un griego del *Anabasis*, ninguna pureza en el aire parecía anunciarlo. En tomo a un bebedero, una majada inmóvil creía guarecerse en las endeables rayas de sombra que proyectaba un molino. Mis compañeros de viaje se agitaban en sus jaulas. Cuando el automóvil se detenía en las tranqueras, diríase que un polvillo de plumas, como un polen de flores, se propagaba en el ambiente, y una efímera sensación olfativa traía a mi memoria un feliz episodio de la infancia, con mis padres, en los

gallineros de mi tío en Buruco. ¿Confesaré que durante algunos minutos logré refugiarme, en medio de los sacudones y del calor, en la prístina visión de un huevo pasado por agua, en una taza de porcelana blanca?

Llegamos, por fin, a una cadena de médanos. Divisé a la distancia una franja cristalina. Saludé al mar: *Thalasa... Thalasa*. Se trataba de un espejismo. Cuarenta minutos después divisé una mancha violeta. Grité para mis adentros: *Epi oinopa pontón!* Me dirigí al *chauffeur*.

—Esta vez no me equivoco. Ahí está el mar.

—Es flor morada —contestó el hombre. Al rato sentí que los baches habían cesado. El *chauffeur* me dijo:

—Tenemos que andar ligero. La marea sube dentro de unas horas.

Miré a mi alrededor. Avanzábamos lentamente por unos tablones, en medio de una extensión de arena. Entre los médanos de la derecha aparecía, lejano, el mar. Pregunté:

—Entonces, ¿por qué anda tan despacio?

—Si una rueda se desvía de los tablones, nos enterramos en la arena.

No quise pensar en lo que pasaría si nos encontrábamos con otro automóvil. Estaba demasiado cansado para preocuparme. Ni siquiera advertí la frescura marítima. Logré articular la pregunta:

—¿Falta mucho?

—No —contestó—. Ocho leguas.

IV

Me desperté en la penumbra. No sabía dónde estaba ni siquiera qué hora era. Hice un esfuerzo, como quien trata de orientarse. Recordé: estaba en mi cuarto, en el Hotel Central. Entonces oí el mar.

Encendí la luz. Vi en mi cronógrafo —que yacía junto a los volúmenes de Chirón, de Kent, de Jahr, de Alien y de Hering, sobre la mesita de pino— que eran las cinco de la tarde. Pesadamente empecé a vestirme: ¡Qué descanso verme libre de la rigurosa indumentaria que nos imponen los convencionalismos de la vida urbana! Como un evadido de la ropa, me enfundé en mi camisa escocesa, en mi pantalón de franela, en mi saco de brin crudo, en el plegadizo panamá, en los viejos zapatones amarillos y en el bastón con empuñadura en cabeza de perro. Agaché la cabeza, con no disimulada satisfacción examiné en el espejo mi abultada frente de pensador, y otra vez convine con tanto observador imparcial: la similitud entre mis facciones y las de Goethe es auténtica. Por lo demás, no soy un hombre alto; para decirlo con un vocablo sugestivo, soy menudo —mis humores, mis reacciones y mis pensamientos no se extenúan ni se embotan a lo largo de una dilatada geografía—. Me precio de tener una cabellera agradable a la vista y al tacto, de poseer unas manos pequeñas y hermosas, de ser breve en las muñecas, en los tobillos, en la cintura. Mis pies, «frívolos viajeros», ni cuando duermo descansan. La piel es blanca y rosada; el apetito, perfecto.

Me apresuré. Quería aprovechar el primer día de playa.

Como esos recuerdos de viaje que se borran de la memoria y que luego encontramos en el álbum de fotografías en el momento de aflojar las correas de mi maleta vi —¿por primera vez?— las escenas de mi llegada al

hotel. El edificio, blanco y moderno, me pareció pintorescamente enclavado en la arena: como un buque en el mar, o un oasis en el desierto. La falta de árboles estaba compensada por unas manchas verdes caprichosamente distribuidas —^dientes de león, que parecían avanzar como un reptil múltiple, y rumorosas estacas de tamarisco—. Hacia el fondo del paisaje había dos o tres casas y alguna choza.

Ya no estaba cansado. Sentí como un éxtasis de júbilo. Yo, el doctor Humberto Hubernun, había descubierto el paraíso del hombre de letras. En dos meses de trabajo en esta soledad terminaría mi adaptación de Petronio. Y entonces... *Un nuevo corazón, un hombre nuevo*. Habría por fin, sonado la hora de buscar otros autores, de renovar el espíritu.

Furtivamente avancé por oscuros pasadizos. Quería evitar un posible diálogo con los dueños del hotel —lejanos parientes míos— que hubiera demorado mi encuentro con el mar. La suerte, favorable, me permitió salir sin ser visto e iniciar mi pasco por la arena. Éste fue una dura peregrinación. La vida en la ciudad nos debilita y nos enerva de tal modo que, en el *shock* del primer momento los sencillos placeres del campo nos abruman como torturas. La naturaleza no tardó en persuadirme de lo inadecuada que era mi indumentaria. Con una mano yo me hundía el sombrero en la cabeza para que no me lo arrebatara el viento, y con la otra hundía en la arena el bastón, buscando inútilmente el apoyo de unos tablones que afloraban de trecho en trecho, jalonando el camino. Los zapatones, rellenos de arena, eran otras tantas rémoras en mi marcha.

Finalmente entré en una zona de arena mis firme. A unos ochenta metros, hacia la derecha, un velero gris yacía volcado en la playa; vi que una escalera de cuerdas pendía de la cubierta y me dije que en uno de mis próximos paseos la escalaría y visitaría el barco. Ya ce fe ca del mar, junto a un grupo de tamariscos, tremolaban dos sombrillas anaranjadas. Contra un fondo de resplandores inverosímiles, hecho de mar y cielo surgieron, nítidas como a través de un lente, las figuras de dos muchachas en traje de baño y de un hombre de azul con gorra de capitán y pantalones remangados.

No había otro sitio donde resguardarse del viento. Decidí acercarme, por detrás de las sombrillas los tamariscos.

Me saqué los zapatones, las medias y me arrojé en la arena. La sensación de placer fue perfecta. Casi perfecta: la moderaba la previsión inevitable del regreso al hotel. Para evitar cualquier intromisión de los vecinos —además de los mencionados había un hombre oculto por una sombrilla— apelé a mi Petronio y fingí engolfarme en la lectura. Pero mi única lectura en esos momentos de irremisible abandono fue, como la de los augures, el blanco vuelo de unas gaviotas contra el cielo plomizo.

Lo que yo no había previsto cuando me acerqué a las sombrillas era que sus ocupantes hablaran. Hablaban sin ninguna consideración hacia la belleza de la tarde ni hacia el fatigado vecino que procuraba en vano abstraerse en la lectura. Las voces, que hasta entonces se confundían con el coro del mar y el grito de las gaviotas, se preciaron con desagradable energía. Me pareció reconocer por lo menos a una de las voces femeninas.

Movido por una natural curiosidad, me volví hacia el grupo. No vi en seguida a la muchacha cuya voz creí reconocer; la upaba una sombrilla. Su compañera estaba de pie; era alta, rubia, ¿me atreveré a decirlo?, muy hermosa, con una piel de impresionante blancura, con manchas rosadas («color de salmón crudo», según dictaminaría después el doctor Manning). Su cuerpo era demasiado atlético para mi gusto y en ella se advertía, como una tácita presencia, una animalidad que atrae a ciertos hombres sobre cuyas aficiones prefiero no opinar.

Después de escuchar unos minutos la conversación, reuní los siguientes datos: la muchacha rubia, una peligrosa melómana, se llamaba Emilia. La otra, Mary, traducía o corregía novelas policiales para una editorial de prestigio. Las acompañaban dos hombres. Uno de ellos —el de gorra azul— era un doctor Cornejo; me impresionó por sus rasgos bondadosos y por su íntimo conocimiento del mar y de la meteorología. Tendría unos cincuenta años; su cabello gris y sus ojos pensadores le conferían una expresión romántica, no desprovista de vigor. El otro era un hombre mis joven, amulatado. A despecho de cierta vulgaridad en el hablar y de una apariencia que recordaba los canelones del «tango en París» —pelo negro, lacio, ojos vivos, nariz aguileña— me pareció que ejercía sobre sus compañeros —nada brillantes, por lo demás— alguna superioridad intelectual. Descubrí que se llamaba Enrique Alud y que era el novio de Emilia.

—Mary, ya es tarde para que se bañe —dijo Atuel, con una voz cadenciosa—. Además, el mar está bravo y usted no descuella en la resistencia.

Alegremente resonó la voz que me era familiar:

—¡Yo soy una niña que va a entrar en el agua!

—Sos una malcriada —replicó Emilia, afectuosamente—. ¿Querés suicidarte o querés matarnos de miedo?

El novio de Emilia insistió:

—Con esa corriente no se bañe. Mary. Señala un disparate.

Cornejo consultó su reloj de pulsera.

—La marea está subiendo —sentenció—. No hay ningún peligro. Si promete no alejarse, tiene mi consentimiento.

Atuel se dirigió a la muchacha:

—Si no puede volver, de poco le valdrá su consentimiento. Hagame caso y no se bañe.

—¡Al agua! —gritó Mary jovialmente. Saltaba, se ajustaba la gorra de baño y repetía—: ¡Soy una niña con alas! ¡Soy una niña con alas!

—Entonces estoy de más —dijo Atuel—. Me retiro.

—No seas necio —le dijo Emilia. Atuel se alejaba sin escucharla. Pero antes de irse descubrió mi presencia y me miró con severidad. Por mi parte, confieso que la grácil figura de Mary reclamaba mi atención. En verdad, era una niña con alas, Al encuentro de cada ola agitaba los brazos en alto como jugando con el cielo.

«¿Mary? ¿La señorita María Gutiérrez?», me pregunté. Es tan difícil reconocer a las personas en traje de baño... ¿La muchacha que me visitó este año en el consultorio y a quien le recomendé vacaciones en Bosque del Mar? Si, estaba seguro. La muchacha delicadamente perdida en el abrigo de pieles. Ahí estaban los ojos renegridos, ora picaros, ora soñadores. Ahí estaba el *accroche coeur* sobre la frente. Recordé que yo le había dicho, bondadoso: «Somos almas hermanas». Era, como yo, un caso de arsénico. Ahí estaba, saltando junto al mar la enferma que este infierno yacía inerte en los cómodos sillones de mi consultorio. ¡Otra cura maravillosa del doctor Huberman!

Unas inquietas exclamaciones me despertaron de este ensueño. En efecto, la eximia nadadora se había alejado con prodigiosa facilidad.

—Se ha alejado nadando en gran estilo —protestaba, tranquilizador. Cornejo—. No corre peligro. Volverá.

—Se alejó porque la llevó la corriente —declaró Emilia.

Unos gritos me hicieron mirar hacia otro lado.

—¡No puede volver!

Era Atuel, que llegaba gesticulando. Se encaró con el doctor Cornejo y le arrojó:

—¿Consiguió lo que quería? No puede volver.

Juzgué que había llegado la hora de intervenir. Se presentaba en efecto, una ocasión favorable para practicar las enseñanzas de *crawl stroke* salvamento —tan susceptibles de olvido— que el profesor Chimmara de Obras Sanitarias me había inculcado.

—Señores —dije resueltamente—, si alguien me presta un traje de baño la rescataré.

—Es un honor que me reservo —declaró Cornejo—. Pero tal vez podríamos indicarle a esta niña que avance en sesgo, en dirección noreste-suroeste...

Atuel lo interrumpió:

—¡Qué sesgo ni qué pavadas! La muchacha se está ahogando.

Un movimiento instintivo, o el deseo de no presenciar una disputa, me desvió la mirada en dirección al barco. Vi a un niño que bajaba por la escalera de cuerdas, que corría hacia nosotros.

Atuel se desvestía. Cornejo y yo nos disputábamos un pantalón de baño.

El niño gritaba:

—¡Emilia! ¡Emilia!

Ante nuestros ojos atónitos. Emilia corría por la playa, nadaba hacia Mary, regresaba con Mary.

Rodeamos, jubilosos, a los nadadoras. Ligeramente pálida, Mary me pareció mis bella aún. Dijo con forzada naturalidad:

—Son unos alarmistas. Es lo que son: unos alarmistas.

El doctor Cornejo intentó persuadirla:

—Usted debió evitar que el agua levantada por el viento le golpeará en la cara.

El niño seguía llorando. Mary, para consolarlo, lo estrechó entre sus hermosos brazos mojados. Le decía tiernamente:

—¿Creíste que me ahogaba, Miguel? Yo soy la niña del mar y tengo un secreto con las olas.

Mary demostraba, como siempre, su gracia exquisita, pero demostraba también en oscura vanidad y esa fatal ingratitud de los nadadores, que nunca reconocen haber estado en peligro y que reniegan de quienes los salvan.

Entre los personajes de ese episodio hubo uno que me impresionó vivamente. Fue el niño, un hijo de una hermana de Andrea, la dueña del hotel. Parecía tener once o doce años. Su expresión era tan noble; las líneas de su rostro eran regulares y definidas; sin embargo, había en él una mezcla de madurez y de inocencia que me disgustó.

—¡El doctor Huberman! —exclamó, sorprendida. Mary. Me había reconocido.

Conversando amistosamente emprendimos nuestro regreso. Miré hacia el hotel. Era un pequeño cubo blanco contra un cielo de nubes grises, desgarradas y retorcidas. Recordé una estampa del catecismo de mi niñez, titulada «La ira divina».

V

¡ Con qué admirable docilidad reacciona un organismo no violado por la medicina alopática! Un simple vaso de cacao frío disipó mi cansancio. Me sentí reconfortado, dispuesto a hacer frente a todas, las vicisitudes que pusiera en mi camino la vida. Tuve un momento de vacilación. ¿No convendría tomar de aliada a la rutina y empezar, ahí mismo, mis tareas literarias? ¿O podía consagrar íntegramente esa primera tarde de vacaciones al ocio reparador? Mis manos respetuosas acariciaron unos instantes el libro de Petronio; lo miré con nostalgia y lo deposité en la mesa de luz.

Antes de salir quise abrirla ventana para que entrara a raudales, en mi cuarto, el aire de la tarde. Empuñé resueltamente el picaporte, lo hice girar y di el tirón necesario... Me fui contra la ventana. Abrirla era imposible.

Este gracioso incidente evocó en mi memoria las consabidas excentricidades de mi tía Carlota. Ella también tenía una propiedad al borde del mar, en Necochea, y temía tanto el efecto del aire marino sobre los metales, que había hecho construir la casa con ventanas falsas y, cuando no había huéspedes, todo lo envolvía en espirales de papel, desde la manija del fonógrafo hasta la cadena del *water closet*. Por lo visto se trataba de una manía de familia, que se había extendido hasta las ramas más lejanas y desacreditadas, Pero yo estaba resuelto a que abrieran la ventana —con útiles de carpintería, si era indispensable— y a que se renovara ese aire viciado. Ya senda un principio de cefalalgia.

Tenía que hablar con los dueños del hotel. Avancé a tientas por la oscuridad de los corredores, donde el aire era tan denso como en mi habitación, y llegué a una escalera de cemento gris. Dudé entre bajar o subir. Seguí mi primer impulso: bajé. El aire se hizo aún más irrespirable.

Me encontré en un sótano asombroso: había una especie de *hall*, con un mostrador y un fichero para llaves; había, más allá de una puerta vidriera, una sala en la que se acumulaban comestibles, botellas de vino y enseres de limpieza; en una de las paredes, un enorme fresco representaba una escena misteriosamente patética: en una habitación decorada con palmas, frente a un ancho ventanal, abierto de par en par, por donde el sol derramaba torrentes de esplendor, un niño que parecía un pequeño paje, se inclinaba levemente sobre un lecho donde yacía una niña muerta. Me pregunté quién sería el pintor anónimo: en el rostro de la niña resplandecía una belleza angelical y en el del niño, convocados por facultades que parecían ajenas al arte plástica, había mucha inteligencia y mucho dolor. Pero tal vez me equivoque; no soy un crítico de pintura (aunque todo lo cultural, cuando no sofoca la vida, es de mi incumbencia).

Quise abrir la puerta vidriera; estaba cerrada con llave... En ese momento oí unos gritos. Me pareció que venían del otro piso. Movidito por una incontrolable curiosidad, subí corriendo. Me detuve, anhelante, en el descanso de la escalera; volví a oír los gritos, hacia la izquierda, hacia el fondo del corredor. Me deslicé cautelosamente. Algo amorfo y veloz salió a mi encuentro y me rozó un brazo. Temblando (teñía la impresión de haber sido embestido por un gato fantasmagórico), seguí con los ojos la sombra que se alejaba; la incierta luz del vano de la escalera me reservaba una revelación: ¡el pequeño curioso era Miguel, el niño que había conocido a la tarde en la playa! En la primera oportunidad lo reprendería. Me encaminé hacia mi habitación —en el extremo opuesto del corredor—, pero ya era imposible no oír las voces. Involuntariamente me esforcé en reconocerlas. Eran las voces de la playa. ¡Emilia y Mary se insultaban con una violencia que me anonadó! Oí apenas. Me alejé con un profundo desagrado en el alma.

Volví a mi cuarto (todavía cerrado), abrí mi botiquín, resplandeciente de etiquetas blancas y de tubos pardos y de tubos verdes, puse en una pulcra hoja de papel los diez glóbulos de arsénico y los dejé caer sobre la lengua. Faltaba, exactamente, un cuarto de hora para la cena.

VI

Mi apetito era plenamente satisfactorio. Cinco minutos antes de la cena juzgué oportuno acercarme a la zona del comedor, para que el toque del gong no me tomara desprevenido. Atareados en la distribución de las servilletas y de las canastas de los panes, encontré a mis parientes, los dueños. Decidí encarar sin más trámite el asunto de la ventana. Yo no pagaba en el hotel —mis parientes me debían, desde tiempos inmemoriales, una suma de dinero—, pero no estaba dispuesto a ser tratado como quien recibe favores. Mi primo, un hombre prematuramente canoso, nada sanguíneo, de grandes ojos absortos y de expresión cansada, oía con ecuanimidad, casi con dulzura, mis órdenes de desclavar en el acto la ventana. Un solícito silencio fue su única reacción. Andrea, su mujer, lo interpeló:

—Ya te decía, Esteban; aquí nos sepultamos en la arena. Para donde uno vaya hay arena, una cosa infinita.

Un súbito entusiasmo se apoderó de Esteban.

—No es cierto, Andrea. Al sur están los cangrejos. El 23 de octubre del año pasado, no, fue el 24, el caballo del farmacéutico se metió en el pajonal; ante nuestros propios ojos desapareció en el barro.

—A mí me gustaba ese lote en Claromecó —prosiguió Andrea, con sórdido resentimiento—. Pero Esteban no quería ni que le hablara. Y aquí nos tienes, con deudas, en este hotel que sólo da gastos.

Andrea era joven, sana, de ojos movedizos y facciones regulares, pero no agraciada. Tenía un interminable resentimiento que se manifestaba en una laboriosa y agresiva amabilidad.

Esteban dijo:

—Cuando nosotros llegamos no había nada; una casilla de chapas, el mar y la arena. Ahora está nuestro hotel, el Hotel Nuevo Ostende, la farmacia. Las estacas de tamarisco han prendido por fin. Reconozco que esta temporada es pobre, pero el año pasado todos los cuartos estaban ocupados. El lugar progresa.

—Tal vez no me he expresado claramente —dije con ironía—. Lo que yo quiero es que abran mi ventana.

—Imposible —respondió Andrea con irritante tranquilidad—. Pregúntale a Esteban. ¿Cuáles el progreso? Hace dos años teníamos la recepción en la planta baja; ahora tenemos allí el sótano. La arena sube todo el tiempo. Si abriéramos tu ventana se nos inundaría la casa de arena.

El asunto de la ventana estaba perdido. Soy —por lo menos en apariencia— un buen perdedor. Para cambiar de conversación rogué a mis primos que me contaran lo que supiesen de ese velero encallado en la arena, que yo había visto en mi paseo de la tardé. Esteban respondió:

—Es el *Joseph K.* Lo trajo la marea una noche. Cuando nosotros nos establecimos había otro barco en la costa, pero sobrevino una tormenta y de la noche a la mañana el mar se lo llevó.

—Mi sobrino —afirmó Andrea— se pasa las horas jugando en ese barco. Para mí es un misterio qué no se aburra. ¿Qué hará allí, solo, todo el día?

—Para mí no es un misterio —respondió Esteban—. Ese barco me da ganas de ser chico.

El gong interrumpió nuestra conversación. Lo golpeaba afanosamente una anciana obesa, que sonreía con puerilidad. Me dijeron que era la dactilógrafa.

La gente no tardó en llegar. Nos sentamos arrinconados en el extremo de una mesa excesivamente larga. Me presentaron a la única persona que todavía yo no conocía: el doctor Manning. Era pequeño, rosado, arrugado, incomunicado. Estaba vestido de pescador y tenía permanentemente una pipa en la boca, que lo cubría de ceniza.

Una silla estaba vacía: faltaba Emilia.

Andrea, ayudada por una criada, servía la mesa. Esteban comía desganadamente. Habíamos tomado la sopa de arvejas cuando se levantó

con extremada suavidad, fue hacia la radio, se puso los lentes, movió los diales y nos ensordeció con un programa de boleros.

Yo, con alguna insistencia, dirigía miradas de admonición y de reproche al niño Miguel. Éste me rehuía los ojos y miraba, con simulado interés, a Mary. El doctor Cornejo también la miraba.

—¡Qué anillos más hermosos! —exclamó Cornejo, tomando con ademán seguro la mano de la muchacha—. El brazalete es de oro catorce y los rubíes son perfectos:

—Sí, no son malas estas joyas —contestó Mary—. Las heredé. Mi madre ponía todo su dinero en alhajas.

Confieso que en el primer momento las joyas de Mary me parecieron más fastuosas que genuinas. Hay, por cierto, entre las fantasías modernas y las mejores joyas antiguas una analogía —el color de las piedras, la complejidad de los engarces, el simbolismo del diseño— que desorienta al observador casual. Mi prima, la hotelera, no parecía compartir esas dudas. La codicia brillaba en sus ojos.

Subiendo excesivamente el registro de mi voz —el aparato de radio nos aturdía— pregunté a Mary qué libros interesantes había leído en este último tiempo.

—¡Ay! —respondió—. Los únicos libros que leo son los que traduzco. Le prevengo que forman una biblioteca respetable.

—No la creía tan trabajadora —comenté.

—Si no me cree, vaya a mi cuarto —dijo en un tono sarcástico—. Ahí tengo todos los libros que he traducido. ¿Porqué será que no puedo separarme de mis cosas? ¡Las quiero tanto!... ¡Guardo también los manuscritos de las traducciones y los borradores de los manuscritos!

Ya estábamos comiendo el segundo plato —unas aves un poco tiernas para mi gusto— cuando llegó Emilia. Tenía los ojos brillantes y enrojecidos, como si acabara de llorar. Tenía ese frágil y solemne aislamiento de las personas que han llorado. Hubo un malestar general, no disminuido por los esfuerzos que cada uno de nosotros para disimularlo.

Mary nos interrogó:

—¿No los molesto si apago la radio?

—Se lo agradeceremos —dije, cortésmente.

El silencio fue un alivio, pero no un alivio duradero. Callada la música, ya no teníamos donde ocultarnos y cada uno era un impúdico testigo de la incomodidad de los demás y de la tragedia de Emilia. ¿Qué secreta enemistad ardía en el corazón de esta muchacha? Hay todavía un tratado por escribir sobre el llanto de las mujeres; lo que uno cree una expresión de ternura es a veces una expresión de odio, y las más sinceras lágrimas suelen ser derramadas por mujeres que sólo se conmueven ante sí mismas.

Con excelente ánimo, el doctor Cornejo trató de reanimar la conversación. Ayudándose con diagramas que trazaba con el tenedor en el mantel, nos explicó el sistema completo de las mareas en la costa sudatlántica. Luego, ante la creciente alarma de mis primos, procedió a proyectar dos improbables espigones para nuestra playa. A continuación habló de los cangrejales y con todo realismo adoptó las posturas que los circunstantes debían ensayar en caso de caer en un cangrejal.

Empezábamos, por fin, a olvidarnos de Emilia. Mary intervino:

—¡Ay, yo tengo las preocupaciones de Santa Lucía! La arena le ha puesto a Emilia los ojos como si hubiera llorado. —Se dirigió a su hermana —: Pasa luego por mi cuarto y te prestaré unas gotas.

Era admirable la delicadeza con que Mary quería disimular el llanto de su hermana. Ésta ni siquiera contestó.

Pero Mary pensaba en todo.

A diferencia de media humanidad, recordó que recetar ante un médico —aun recetar unas gotas de *Aqua fontis*— era ofensivo. Exclamó con su gracia habitual:

—¡Qué torpeza la mía, con un doctor adelante! ¿Por qué no la atiende un poco a mi hermana, que buena falta le hace?

Me puse las gafas y miré a Emilia fijamente. Le pregunté con deferencia:

—Después de leer, ¿tiene dolores de cabeza? ¿Siente que sus bellos ojitos le queman, como dos globos de fuego? ¿Ve moscas que no existen? ¿Ve en torno a la luz, de noche, un halo verde? Expuesto al aire, ¿su lagrimal se dilata?

Interpreté el silencio de Emilia como una respuesta afirmativa. Dictaminé en el acto:

—*Ruta foetida* mil. Diez glóbulos al despertarse. Tengo en mi botiquín algunos frasquitos. Le daré uno, si me permite.

—Gracias, doctor. No me hace falta —respondió Emilia.

Parecía no advertir mi atención. Continuó:

—No es la arena lo que me hizo llorar.

Estas palabras no contribuyeron a consolidar la animación de los circunstantes.

Ese esforzado voluntario, el doctor Cornejo, intervino:

—Hace veinte años que veraneó junto al mar, de los cuales ocho, sucesivos, en Quequén. Y bien, señores, puedo asegurarles que ninguna playa ofrece tantos atractivos como ésta para el estudioso de los desplazamientos de la arena.

A continuación levantó los planos, en el mantel, de una futura plantación destinada a fijar los médanos. Ante los resueltos trazos del tenedor, mi prima se estremecía.

Con las últimas uvas, el doctor Manning se retiró a una mesa apartada. Lo vi sacar del bolsillo diminutas barajas y jugar solitario tras solitario.

—No puedo pasar un día sin oír música —dijo Mary. Y miró extrañamente a su hermana.

—¿Quiere que ponga la radio? —inquirió Atuel.

—¿Cómo? ¿Con una concertista? —exclamó Mary, dando nuevas pruebas de su exquisita sensibilidad. Después se acercó a su hermana y, tomándola del brazo, le rogó con un cariñoso mohín—. Toca algo de tu repertorio, Emilia.

Ésta replicó:

—No tengo ganas.

—No seas así, Emilia —la alentó su novio—. Los señores quieren oírte.

Juzgué oportuno mediar.

—Estoy seguro —dije pausadamente— que la señorita no nos privará del honor de escucharla.

Finalmente Emilia tuvo que acceder. Con mal disimulada contrariedad se acercaba al piano, cuando Mary la detuvo.

—Emilia —dijo—, vas a tocarnos el *Vals olvidado*, de Liszt.

La pianista se quedó mirando rígidamente a Mary. Creí descubrir en sus ojos, celestes y diáfanos, la frialdad del odio. Luego, súbitamente, sus facciones se tranquilizaron.

—No estoy con ánimo de ejecutar piezas tan alegres —respondió con indiferencia—. Preferiría el *Claro de luna* de Debussy.

—*El Claro de luna* no conviene a tu sensibilidad. Tus manos lo tocan, pero el alma está ausente. El vals, Emilia, el vals.

—¡El vals! —exclamé con galantería.

No me considero experto en cuestiones musicales, pero comprendí que era de buen tono apoyar la moción de Mary.

Atuel intervino:

—¡Pobre Emilia! No la dejan tocar lo que quiere.

Esta frase era una injustificada agresión contra mí. La dejé pasar. Vi que Emilia miraba a Atuel con lágrimas en los ojos.

Mary insistió en su pedido. Emilia se encogió de hombros, se sentó al piano, recapacitó durante algunos instantes y empezó a tocar. El fallo de Mary había sido justo: en Emilia la técnica era más notable que el alma. La ejecución fue, parcialmente, correcta; pero se advertían penosas vacilaciones, como si la pianista hubiera olvidado, o conociera poco, la obra que nos ofrecía. Todos aplaudimos. Con una ternura que me conmovió, Mary besó a su hermana. En seguida exclamó:

—¡Cómo interpretaba este vals Adriana Sucre!

Tal vez con el propósito de borrar la mala impresión causada, Emilia acometió con lúcido entusiasmo los cristalinos acordes del Vals melancólico. Pero sólo la anciana dactilógrafa la escuchaba. Nosotros preferíamos seguir las deliciosas anécdotas de niñez que venturosamente la música inspiraba en Mary. Puedo jurar que las dos pequeñas biografías orales que Mary nos delineó —la suya, consentida y adorable; la de Emilia, más irónica, pero igualmente cariñosa— eran obras de arte comparables, en su género, a las de Liszt. Emilia acabó de tocar: Mary le gritó:

—¡Les hablaba a estos señores de la predilección que siempre mostraba por ti nuestra madre! Cuando llegaba alguno de tus novios le pedía a la profesora que tocara el piano; después les hacía creer que eras tú la que

había tocado. Hoy, para el *Vals olvidado*, te hubiera convenido la estratagema.

—Tenés razón —contestó Emilia—, pero no te olvides que yo no quería tocarlo. Además, no sé por qué estás tan agresiva conmigo.

Mary gritó patéticamente:

—¡Mala! ¡Eso es lo que eres: una mala! —Echó a llorar.

Atuel se dirigió a Emilia:

—Es cierto. No tenes corazón —le dijo.

Todos rodeamos a Mary (salvo el doctor Manning, que seguía, monótono y preocupado, perdiendo solitarios). Mary lloraba como una niña, como una princesita (según observó Cornejo). Verla tan apenada y tan hermosa me sirvió —lo digo con egoísmo— para comprobar que yo sí tenía corazón. Estábamos muy ocupados con Mary; nadie advirtió que Emilia se retiraba, o tal vez lo advirtiera el pequeño Miguel, que nos miraba subyugado, como si representáramos una escena de gran guiñol.

El doctor Cornejo, en quien empecé a notar una marcada inclinación a entrometerse en asuntos ajenos, propuso que alguno de nosotros fuera en busca de Emilia.

—No —dijo Atuel con insólito buen sentido—. A las mujeres histéricas hay que dejarlas solas. ¿No es verdad, doctor?

Le concedí mi aprobación.

Afuera aullaban alternadamente los perros. La anciana que hacía las veces de dactilógrafa se acercó a una ventana. Sonriendo inexpresivamente exclamó:

—¡Qué noche! ¡Qué perros! Ladraban así cuando falleció abuelito. Estábamos como ahora en un hermoso balneario.

Seguía moviendo la cabeza, como si todavía oyera música.

De pronto, el aullido de los perros se perdió en un aullido inmenso; era como si un perro gigantesco y sobrenatural gimiera por las desiertas playas todo el dolor de la tierra. El viento se había levantado.

—Una tormenta de viento. Hay que cerrar las puertas y las ventanas —declaró mi primo.

Un golpeteo como de lluvia azotaba las paredes.

—Aquí las lluvias son de arena —observó mi prisma. Después agregó —: Con tal que no quedemos enterrados.

Ágilmente la obesa dactilógrafa cerraba las ventanas. Nos miraba sonriendo y repetía:

—¡Esta noche va a ocurrir algo! ¡Esta noche va a ocurrir algo!

Sin duda estas palabras inconsultas conmovieron el alma impresionable de Mary.

—¿Dónde estará Emilia? —dijo olvidando todo resentimiento—. Exijo que alguien vaya a buscarla.

—Paso por alto la exigencia, para que no digan que soy delicado —concedió Atuel—. Tal vez el doctor Cornejo quiera acompañarme...

Había un contraste entre el urgente ulular del viento, afuera, y el aire inmóvil y escaso de ese interior donde nos sofocábamos en torno de una lámpara impávida. La espera nos pareció interminable.

Finalmente, los hombres regresaron.

—La hemos buscado por todas partes —afirmó Cornejo—. Ha desaparecido.

Mary tuvo un nuevo ataque de llanto. Decidimos aprestarnos para una expedición de rescate. Cada uno corrió a su habitación, en busca de abrigos. Yo me incluí en un gorro de lana, en un sacón a cuadros y en unos guantes peludos. Enrosqué alrededor de mi cuello una bufanda escocesa. No olvidé la linterna sorda.

Ya salía, cuando reparé en mi botiquín. Tomé un frasquito de *Ruta foetida*. Fue una inspiración de hombre de mundo.

—Tome —le dije a Mary, cuando volví al salón—. Mañana se lo da a su hermana.

El efecto que esta sedante declaración operó sobre Mary fue radical. Demasiado radical, en mi opinión: minutos después, cuando me dirigía hacia la salida del hotel, vi, contra la blancura del muro, dos sombras que se besaban. Eran Atuel y Mary. Pero quiero aclararlo: Atuel se resistía; Mary lo asediaba apasionadamente.

«¿Qué somos», murmuré, «sino osamentas besadas por los dioses?». Con el alma apesadumbrada, seguí mi camino. Algo aulló en la penumbra.

Era el niño. Yo había tropezado con él. Me miró un instante —¿qué había en su expresión: desprecio, odio, terror?—; después huyó.

Cuatro hombres, forcejeando, apenas pudieron abrir la puerta. Nos encontramos en la noche de afuera. El viento quería derribarnos y la arena nos golpeaba en el rostro y nos cegaba.

—Esto va a durar —vaticinó mi primo. Partimos en busca de la muchacha extraviada.

VII

A la mañana siguiente Mary estaba muerta. Poco antes: de las ocho me habían despertado unos ruidos desapacibles: era Andrea que me llamaba, pidiendo auxilio. Encendí la luz, rápidamente salté de la cama, con pulso firme deposité los diez glóbulos de arsénico sobre el papel y de ahí los pasé a mi lengua, me envolví en mi *robe de chambre* morada, abrí la puerta. Andrea me miró con ojos de llanto, como disponiéndose a echarse en mis brazos. Resueltamente deje las manos en los bolsillos.

Muy pronto supe lo ocurrido. Mientras la seguía por los corredores del hotel, mi prima me dijo que Emilia acababa de encontrar muerta a su hermana. De una espesa trama de sollozos y gemidos entresaqué la información.

Tuve un presentimiento melancólico. Recordé mis prometidas vacaciones, la tarea literaria, Musité: «Adiós, Petronio», y penetré en el aposento de la tragedia.

La primera impresión que tuve fue de dulzura. La lámpara iluminaba la cabeza de Emilia contra una fila de libros. Emilia lloraba silenciosamente, y me pareció descubrir en la hermosura de su rostro una placidez que antes no había advertido. Sobre la mesa vi un alto de manuscritos y de pruebas de imprenta; un tibio impulso de simpatía palpitó en mi pecho. La muerta estaba en la cama y, a primera vista, parecía tranquila y dormida. La miré con alguna detención: presentaba los signos de envenenamiento por estricnina.

Con una voz en que parecía sollozar la esperanza, Emilia preguntó:
—¿No será un ataque de epilepsia?

Hubiera querido contestar afirmativamente. Dejé que el silencio contestara por mí.

—¿Un síncope? —interrogó Andrea.

Atuel entró en la habitación. Los demás —desde mi primo Esteban hasta la dactilógrafa, incluidos Manning y Cornejo—, se agolpaban junto a la puerta.

Juzgué que el deceso había ocurrido dentro de las últimas dos horas. Contesté a la pregunta de Andrea:

—Murió envenenada.

—Yo me fijo en la comida que les doy —replicó Andrea, ofendida—. Si fuera por algún alimento, estaríamos todos...

—No digo que haya ingerido un alimento en mal estado. Ingerió veneno.

El doctor Cornejo entró en la habitación, abrió los brazos y me dijo impetuosamente:

—Pero, señor doctor, ¿qué insinúa? ¿Cómo se atreve, delante de la señorita Emilia...?

Me ajusté los anteojos y miré al doctor Cornejo con impasible desdén. Su afectada cortesía, que era sólo un pretexto para entrometerse, empezaba a impacientarme. Además, con su exaltación y sus ademanes, respiraba como un gimnasta. Faltaba aire en el cuarto.

Respondí secamente:

—El dilema es claro: suicidio o asesinato.

La impresión que produjeron mis palabras fue profunda.

Continué:

—Pero, en definitiva, no soy yo el médico que extenderá la partida de defunción... Es a otro a quien deberán convencer de que se trata de un suicidio.

Probablemente yo me hubiera dejado convencer muy pronto. Pero mis palabras eran hijas de la pasión: me divertía molestar a Cornejo. Además, con ese plural —«deberán convencer»— ponía bajo la sospecha de asesinato a todos los presentes. Eso también me divertía.

—Temo que el doctor Huberman tenga razón —afirmó Atuel, y yo recordé su sombra y la de Mary. Continuó—: Aquí está el frasco de los

glóbulos que tomaba todas las mañanas; el corcho está en el suelo... Si el veneno estaba escondido ahí, nos encontramos ante un crimen.

Era el último toque, ya no podríamos librarnos de la policía. Pensé que, en lo futuro, debía dominar mis impulsos.

El doctor Cornejo declaró:

—No olviden que estamos entre caballeros. Me niego a aceptar sus conclusiones.

Un grito desgarrador, elemental, interrumpió mi cavilación. Después oí unos pasos precipitados que se alejaban.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Miguel —contestaron.

Sentí que esa destemplada intervención era como un reproche a todos nosotros por haber condescendido a pequeñeces y mezquindades ante el definitivo milagro de la muerte.

VIII

La tormenta había amainado. Mandamos el Rickenbacker a Salinas.

Durante la mañana Emilia y Atuel acompañaron a la muerta. Los demás pensionistas nos turnábamos, con discreción, en ese triste deber. Andrea casi no apareció por el cuarto. Que una persona hubiera fallecido en el hotel la contrariaba; recibir ahora a la policía, y afrontar una investigación, era algo que excedía su comprensión y su tolerancia. En el trato con Atuel y con Emilia se permitía desatenciones. Cuando hablaba de la muerta no disimulaba su rencor.

A las once en punto me allegué a la cocina y le pedí a Andrea que me preparara mi inveterado caldo con tostadas. Tuve una desagradable impresión: Andrea estaba pálida y un temblor en la mandíbula anunciaba la inminencia del llanto. Dominando apenas mi impaciencia, consideré que una demora en la llegada del caldo era casi inevitable. Me pareció prudente no hablar hasta que lo sirvieran.

Estoy dispuesto a reconocer muchos defectos en mi prima, pero afirmo que es una excelente cocinera. El caldo que me trajo era superior, tal vez, al que me preparan en el consultorio mis dos enanos correntinos.

Sentado a horcajadas en el banquito de carpintero, con la bandeja delante, me resigné a escuchar a Andrea.

—Estoy preocupada con Miguel —me aseguró en un tono que parecía monopolizar para nosotros dos el buen sentido y la ecuanimidad—. Esas mujeres no recuerdan que es un chico y no se esconden para pelearse ni para estar con el novio.

La anciana dactilógrafa pasó ágilmente con un matamoscas en la mano. Retrospectivamente oí los monótonos golpes que la cazadora venía

descargando contra las paredes y los muebles. Como la tormenta impedía abrirlas ventanas, el hotel estaba lleno de moscas. El ambiente estaba pesado.

—Te olvidas que una de «esas mujeres» ha muerto —dijo prosiguiendo la conversación con Andrea.

No solamente el caldo merecía elogios. Las tostadas eran eximias.

—Con eso acabaron de enloquecerlo. Estoy preocupada, Humberto. Miguel ha tenido una infancia triste. Es anémico, está mal desarrollado. Es muy chico para su edad. Cavila todo el tiempo. Mi hermano creía que el mar podía fortalecerlo... Está en su cuarto llorando. Me gustaría que lo vieras.

La crueldad de mi prima con la muerta no debía ofuscarme; lo que había dicho sobre el niño era atinado. Las primeras impresiones dejan en el alma un eco que resuena a lo largo de la vida. Incumbe a la responsabilidad de todos los hombres que ese eco no sea ominoso. No debía olvidar, sin embargo, la fea actitud de Miguel, escuchando las íntimas discusiones de Emilia y de Mary.

Seguí a Andrea hasta las profundidades de la casa, hasta el cuarto de baúles, donde le habían puesto la cama a Miguel. Mientras vanamente palpaba las paredes en busca de la llave de la luz, Andrea encendió un fósforo. Después prendió un resto de vela en un candelero celeste, sobre un baúl.

El niño no estaba.

Clavada en la pared había una página recortada de *El Gráfico*: el equipo de primera división de Ferrocarril Oeste. Sobre un diario extendido, como una carpeta, sobre un baúl, había un frasco de gomina vacío, un peine, un cepillo de dientes y un atado de cigarrillos Barrilete. La cama estaba revuelta.

IX

Andrea pretendía que la ayudara en la busca de Miguel; conseguí librarme de ella. Entré en el cuarto de Mary a tiempo para evitar que la dactilógrafa —esa atareada encarnación de Muscarius, el dios que alejaba las moscas de los altares— cometiera un error irreparable. En efecto, ya había arreglado los papeles que había sobre la mesa; ahora se disponía a ordenar la mesa de luz.

—¡No toque nada! —grité—. Va a confundir las impresiones digitales.

Miré severamente a Cornejo y a Atuel. Me pareció que este último sonreía con velada malicia...

Mis palabras no perturbaron a la dactilógrafa. Empuñó el matamoscas; un brillo alegre y sibilino apareció en su mirada; exclamó: «Ya les decía que iba a ocurrir algo»; y dando golpes en las paredes se alejó velozmente.

Cuando sonó el *gong* del almuerzo, Emilia dijo que no iba a subir. Con más impertinencia que galantería, Cornejo se empeñó en reemplazarla.

—Simpatizo con usted, Emilia. Pero créame, nosotros también nos sentimos responsables ante una tragedia tan horrible... Sus nervios están destrozados. Debe alimentarse. Aquí todos formamos una pequeña familia. Yo soy el más viejo, y reclamo el honor de acompañar a su hermana.

Ejemplo típico de falsa cortesía: importunar a todas las personas para ser amable con una. ¿A mí me había consultado? Sin embargo, me ponía en el trance de ofrecerme de plañidera y quedar sin almuerzo. Además, él mismo había sugerido que Emilia debía sentirse responsable de la muerte de su hermana. Era natural que quisiera pasar un rato a solas con ella antes de que llegaran los funcionarios y la policía.

Atuel se acercó a Emilia y le habló paternalmente:

—Vos harás lo que quieras, Emilia —le acarició un brazos. Si vas a almorzar me quedará yo, naturalmente. Si no, decime si querés que te acompañe o si querés quedarte sola. Hacé lo que vos quieras.

«El estilo es el hombre», pensé. El estilo del *Alma que canta* empezaba a exasperarme.

Emilia insistió en quedarse. La miré con una mezcla de admiración y de gratitud que sentimos los hombres —hijos de mujeres, al fin— ante los más altos ejemplos del alma femenina. Cuando me retiraba advertí, sin embargo, que Emilia había encontrado, en medió de su dolor, ánimo para mudarse de ropa y aderezar su coquetería.

Durante el almuerzo, el ruido de los cubiertos y el zumbido de los moscardones predominaban extrañamente. Apenas hablábamos, Manning casi pareció locuaz...

Es horrible decirlo, pero «la pequeña familia» se miraba con desconfianza.

Nadie se acordó de Miguel. Salvo Andrea. Cuando nos levantamos, me llevó aparte.

—No lo hemos encontrado —me anunció—. Estará llorando en el barco. O en la arena. O en los cangrejales. Seguiremos la busca. Cuando tenga noticias te avisaré.

¿Por qué me avisaría a *mi*? Me irritaba que me tomara de cómplice en esas preocupacionesseudomaternales.

X

Sentí un inesperado bienestar en la compañía de Emilia, y me aventuro a creer que mi presencia no le desagradaba.

Estábamos en ese caserón cerrado como en un barco en el fondo del mar, o, más exactamente, como en un submarino que se ha ido a pique. Yo tenía la impresión de que el aire disminuía angustiosamente. En todas partes me encontraba incómodo y no lo estaría más en el cuarto de la muerta. Acompañar a Emilia era un acto de piedad.

En esa casa hasta la conducta del tiempo era anómala. Había horas fugaces y horas lentas, y cuando miré el reloj, poco antes de entrar en el cuarto de Mary, eran las dos de la tarde; yo había imaginado que serían las cinco.

Estábamos solos en el cuarto. Emilia me preguntó si yo conocía mucho a su hermana.

—No —le dije—. En mi calidad de médico solamente. Estuvo dos o tres veces en el consultorio. —Añadí una mentira benévola—: Creo que en alguna ocasión me habló de usted.

—Nos queríamos mucho —comentó Emilia—. Mary me trataba con tanta dulzura... Cuando murió mi madre tomó su lugar en la casa. Ahora me deja sola.

—Lo tiene a Atuel —sugerí con hipocresía.

A pesar mío vi la escena de la noche anterior, vi a Mary besándolo.

—El pobre la sentirá casi tanto como yo —declaró Emilia, y un fulgor de nobleza iluminó su rostro—. Éramos muy compañeros los tres.

Me invadió una profunda desazón.

—Pero ¿se van a casar pronto? —pregunté por mera curiosidad.

—Creo que sí. Pero esto ha sido tan inesperado... Por ahora quiero solamente pensar en Mary, refugiarme con ella en los recuerdos de la infancia, en Tres Arroyos.

La experiencia me ha enseñado que personas sin ninguna cultura y normalmente incapaces de construir una frase, urgidas por el dolor dicen frases patéticas. Me pregunté cómo se desempeñaría Humberto Huberman, con toda su erudición, en circunstancias análogas.

Emilia continuó:

—Y ahora viene la policía. Lo peor es que no quiero saber la verdad. — Las lágrimas le corrían por la cara—. Después de lo ocurrido sólo tengo una profunda ternura hacia Mary. No puedo resignarme a que la martiricen con la autopsia..

Esto no me pareció razonable. Se lo dije con toda franqueza.

—Tarde o temprano haría lo mismo el proceso de la disolución. Pero la verdad nos interesa a todos, Emilia. Además, ahora Mary vive en su recuerdo. De ahí no se la podrán sacar.

La dactilógrafa entró con un ramo de viejas margaritas de género. Lo depositó a los pies de la cama.

—Son todas las flores que había en el hotel —dijo.

La vimos irse. Emilia tal vez murmuró «gracias». Ya no podíamos hablar.

Para romper el silencio pregunté:

—¿Dónde estuvo anoche, cuando salió?

—Muy cerca —respondió con nerviosidad. Precipitadamente, continuó —: Recostada contra una de las paredes de la casa. El viento no me dejaba alejarme. Volví muy pronto. Me abrió Andrea. Ustedes habían salido.

Las sillas crujían al menor movimiento. Éstos eran indispensables y continuos. Nuestra fisiología adquiría una súbita preponderancia. Suspirábamos, estornudábamos, tosíamos.

Por primera vez en su biografía, Andrea fue oportuna. Apareció en el marco de la puerta y me llamó.

Miguel había regresado.

XI

En la vacilante luz de la vela el cutis ceroso, la mirada intensa y la cara de laucha de Miguel me impresionaron. Vertiginosamente registré una sensación insólita en mi experiencia y por demás desagradable: yo perdía el aplomo. En efecto, agazapado en la penumbra del cuarto de baúles, Miguel parecía resuelto a defender su misterio. Mi nerviosa imaginación evocó imágenes de pequeños y feroces animales acorralados.

El niño me miraba en los ojos. Espontáneamente eludí esa obstinada expresión y, con ostensible tranquilidad, me dediqué a mirar los baúles, la mesa de luz, el desvencijado catre, las paredes. Reparé en la fotografía del equipo de *football*. Tuve una inspiración genial.

—Veo, mi amiguito, que usted también es un entusiasta de Ferrocarril Oeste.

Ninguna luz de simpatía iluminó el rostro de Miguel.

—¿Ha estado en el Club Atlético de Quilmes? —añadí—. ¿Vio el trozo de valla rota por un pelotazo de Elíseo Brown?

Ahora Miguel sonreía. Pero mis conocimientos de los «historiales del *football*» habían llegado a su término. Mi próxima intervención en el diálogo combinaría astutamente los caracteres de la retirada y del ataque.

—¿Dónde pasó la tarde? —pregunté con un tono distraído—. A usted no le asusta la tormenta.

Recordé el velero abandonado, creí que hablaríamos de temas navales, consulté mis recuerdos de Conrad. Bruscamente Miguel contestó:

—Fui a casa de Paulino Rocha.

—¿Quién es Paulino Rocha?

Miguel estaba sorprendido.

—El boticario —explicó.

Yo había recuperado el aplomo. Continué el interrogatorio.

—¿Y qué hacías en casa del boticario?

—Fui a pedirle que me enseñara a conservar las algas.

Sacó de abajo del catre una lata de nafta, con los bordes mal recortados; la inclinó; flotaban en el agua, unas tiras rojas y verdes.

Vi claramente en el alma de mi pequeño interlocutor. Son los niños un haz de variadas posibilidades. Miguel participaba del pescador del filatélico, del naturalista. De una trama de circunstancias dependía —tal vez de mí dependía— que siguiera los fáciles meandros del coleccionista o del *sportsman* o que se aventurara por las desafortunadas avenidas de la ciencia.

Pero no debía permitirme esas consideraciones, por fecundas y oportunas que fueran; debía proseguir, incansable, mi actividad policial.

—¿La querías mucho a la señorita Mary?

Comprendí en seguida que al formular esa pregunta había cometido un error. Miguel miraba intensamente la lata de nafta, el agua oscura, las algas. Estaba de nuevo defendiendo su misterio.

Era tarde para retroceder. Traté de averiguar qué sabía el chico de las relaciones de la difunta, de Atuel y de Emilia. En ese sentido, nada lograron mis investigaciones. Tampoco su contribución a mi conocimiento de Esteban y de Andrea fue generosa.

Bajé los ojos. De pronto me quedé mirando unas manchas de sangre en el suelo. Aparté un poco dos baúles. Resonó un grito ahogado. Sentí un vivo dolor en el rostro —las uñas de ese chico debían de estar envenenadas; todavía llevo las marcas—. Me quedé solo. En el suelo, entre los dos baúles, había un enorme pájaro blanco, ensangrentado.

XII

Yo abrigaba serios temores. Miré hacia afuera, a través de la ventana del *hall*. La tormenta había recrudecido.

Mis planes eran precisos: tomar el té; visitar a Emilia antes de la llegada de la policía; recibir a la policía. La inútil demora de mi prima en preparar, receta en mano, unos *scones* que aspiraban a remedar los justamente, famosos de la tía Carlota, significaría, tal vez, el derrumbe de ese razonable proyecto. Miré de nuevo por la ventana. Me sentí reconfortado. Como oleadas de agua negra azotaban los vidrios; era la arena. Después, en relámpagos de claridad, podía entreverse un paisaje infernal; el suelo en disgregado y raudo movimiento, levantándose en remolinos iracundos y en trombas.

Por fin resonó el *gong*. La dactilógrafa lo golpeaba acompañándose con blandos vaivenes de cabeza. Todos, salvo Emilia, nos congregamos en el comedor, en torno a la bandeja del té. Mientras saboreaba un *scone* juiciosamente dorado consideré que los hechos cardinales —los nacimientos, las despedidas, las conspiraciones, los diplomas, las bodas, las muertes— nos convocan alrededor del lino planchado y de la vajilla inmemorial; recordé también que para los persas un paisaje hermoso era un estímulo para el apetito, y, ampliando la idea, juzgué que para un hombre perfecto todos los accidentes de la vida debían servir de estímulo.

Desde los profundos veneros de la meditación el diálogo de los demás se confundía en mi oído con el zumbir de las moscas. No me hubiera asombrado —no me hubiera contrariado— oír de pronto el golpe seco de la pantalla de la dactilógrafa.. (nuestro amigo Muscarius). Como quien reconstruye, fragmento por fragmento, un rompecabezas, juntando esos

fragmentos de conversación descubrí un grupo de personas temerosas, disimulando su temor, secretamente arrepentidas de haber llamado a la policía, confesadamente esperanzadas en la muralla de arena que la tormenta levantaba en torno del hotel.

Bajé a confortar a Emilia.

La encontré con el hermoso y apacible rostro —recordaba, tal vez, al de la Proserpina de Dante Gabriel Rossetti— reclinado sobre una mano que sostenía un pañuelo lila, la misma postura en que yo la había dejado horas antes. Nuestra conversación no fue sustancial. Me declaró, eso sí, que el doctor Cornejo había insistido en pasar un rato a solas con la muerta. Emilia no había consentido.

Volví al *hall*. Cornejo, rígidamente sentado en una silla moderna, estudiaba, con anteojos, papel y lápiz, un copioso volumen. Cuando encuentro a alguien leyendo, mi primer impulso es arrebatarse el libro de las manos. Propongo al curioso el examen de este sentimiento: ¿atracción por los libros o impaciencia de verme desplazado del foco de la atención? Me resigné a preguntarle qué leía.

—Un libro de verdad —contestó—. Una guía de ferrocarriles. Llevo estructurado en la mente un plano del país (limitado a la red ferroviaria, por supuesto) que aspira a englobar las localidades más insignificantes, con sus distancias respectivas y las horas de viaje...

—A usted le interesa la cuarta dimensión. El espacio-tiempo —declaré.

Manning observó enigmáticamente:

—La literatura de evasión, diría yo.

Atuel miraba por la ventana. Nos llamó. Entre un lívido ciclón de arena vimos llegar al Rickenbacker. Por primera vez en el día me reí. Lo confieso: la comicidad de la escena que se desarrolló con cinematográfica diligencia era apremiante. Del automóvil bajaron una, dos, tres, cuatro, hasta seis personas. Se agolparon contra una de las portezuelas traseras. Laboriosamente extrajeron un objeto largo y oscuro. Luchando y zarandeándose en el viento, deformes, por efecto del vidrio sobre nuestras miradas oblicuas, a tientas, como en la noche, tropezando en la arena, los vi —empañados los ojos por el llanto de la risa— acercarse al hotel. Traían el ataúd.

XIII

Con un *bitter*, bocadillos de queso y aceitunas, dimos la bienvenida al comisario Raimundo Aubry y al doctor Cecilio Montes, médico de la policía. Mientras tanto, Esteban, el *chauffeur*, dos gendarmes y un hombre de traje claro y brazal negro —«el dueño de las pompas», según me explicaron— bajaban el ataúd al sótano.

Muy pronto iba a arrepentirme de esa copa de *bitter* que yo mismo había servido al doctor Montes. Yo no había descubierto aún que una copa de más nunca podría alterar el estado de mi joven colega. El doctor estaba ebrio; había llegado ebrio.

Cecilio Montes era de estatura mediana y frágil de cuerpo. Tenía el cabello oscuro y ondulado, los ojos grandes, su tez era muy blanca, muy pálida, el rostro fino y la nariz recta; Vestía un traje de cazador, bien cortado, en un *cheviot* verdoso, que *había sido* de muy buena calidad. La camisa, de seda, estaba sucia. Los signos generales de su aspecto eran el desaseo, la negligencia, la ruina —una ruina que dejaba entrever esplendores pretéritos—. Me pregunté cómo este personaje, escapado de una novela rusa, aparecía en nuestra campaña; encontré inesperadas analogías entre el campo argentino y el ruso, y entre las almas de su gente; imaginé la llegada del joven facultativo a Salinas, su fe en las causas nobles y en la civilización, y su paulatino deterioro entre la mezquindad y la penuria esenciales de la vida del pueblo. *J'avais calais mon Oblomov*. Lo miré con toda simpatía.

En cambio, él parecía carecer hasta de aquella simpatía, rudimentaria y mínima, que en la soledad invenciblemente nos reúne a quienes pertenecemos a un mismo gremio o a una misma profesión. Apenas

contestaba a mis palabras, y si las contestaba lo hacía con indiferencia o con agresividad. Recordé, con éxito, que Montes estaba borracho y que, en ocasiones anteriores, cuando ésa misma espontánea simpatía me había acercado a mis colegas, sólo encontré espíritus marchitos por las supersticiones del positivismo científico del siglo XIX.

El comisario Aubry era un hombre alto, rubicundo, con la piel tostada por el sol y con una perpetua expresión de asombro en los ojos celestes. Sobre éstos quiero detenerme, porque eran el rasgo principal del hombre. No eran excesivamente grandes, ni de los llamados magnéticos, agudos o penetrantes; pero se diría que en ellos vibraba la vida entera del comisario y que a través de ellos escuchaba y pensaba. El interlocutor empezaba a hablar, y ya los ojos del comisario lo miraban con tal intensidad de atención y de expectativa, que las ideas se malograban y las palabras morían en balbuceos.

—No lo duden; es un caso de envenenamiento por estricnina —afirmé con gravedad.

—Habrà que verlo, estimado colega; habrá que verlo —dijo Montes; me dio la espalda y se dirigió al comisario—. Tome nota: sospechoso intento de imponer un diagnóstico.

—Caballero —repliqué eligiendo involuntariamente un término tan falso como la situación—, si usted no estuviera borracho no le permitiría esas palabras insensatas.

—Hay quienes para decir palabras insensatas no necesitan estar borrachos —contestó Montes.

Yo me disponía a formular una respuesta que exterminara al alcoholista, cuando el comisario intervino.

—Señores —dijo, buscándome con sus ojos inevitables—, ¿podrían conducirnos hasta la pieza de la difunta?

Con perfecta compostura los conduje hacia abajo. Cuando llegaron frente a la puerta del dormitorio de Mary, la abrí y me hice a un lado para que entrara el comisario. Entró el doctor Montes, empuñando su pequeña valija de fibra. Tal vez por las asociaciones que me trajo esta valija, murmuré:

—El alma de Mary ya no necesita de parteras.

XIV

Contrariando sus más íntimas esperanzas, el doctor Montes debió coincidir conmigo en el diagnóstico. Mary había muerto por envenenamiento de estriknina.

Reposado y autoritario, el comisario ordenó a los gendarmes que lo siguieran.

—Con su permiso —nos dijo—, vamos a proceder al registro de las habitaciones de todos ustedes.

Aprobé la medida. El comisario se dirigió hacia mí:

—Empezaremos por la suya, doctor. A menos que alguno de los presentes declare la posesión de la estriknina.

Nadie respondió. Ni siquiera yo mismo. Las palabras del comisario me habían anonadado. Jamás imaginé que mi habitación sería registrada.

—No me compliquen en esto —articulé por fin—. Soy un médico... Exijo que se me respete.

—Lo siento —respondió el comisario—. Para todos la misma vara.

Creó que su intención era sugerir que esa vara no era metafórica.

A pesar mío los conduje, o mejor dicho, los seguí hasta mi cuarto. Allí me esperaba un calvario, y también la satisfacción de comprobar el dominio perfecto que tengo sobre mis nervios. Impotente, como si me hubieran inyectado curare en el organismo, debí tolerar que esas manos groseras profanaran los interiores de mi valija y lo que es inaudito, que abrieran uno por uno los tubos del botiquín, sensibles y delicados como vírgenes.

—¡Cuidado, señores! —exclamé sin poder contenerme—. Se trata de dosis infinitesimales; ¿entienden? ¡Cuidado! Todo olor, todo contacto puede malograr las virtudes de estos medicamentos.

Logré lo que me proponía. Con saña renovada, los hombres se dedicaron al botiquín. Me deslicé entre los profanadores y la mesa de luz. La mano derecha, casualmente apoyada en el mármol, rescató el tubo de arsénico. Yo estaba dispuesto a padecer todo vejamen; no a que me estropearan esos glóbulos que eran el pilar de mi salud.

Cuando los policías acabaron finalmente la inspección del botiquín, dejé caer entre los otros tubos el de arsénico. Me creía salvado, pero el destino me reservaba nuevas zozobras. Con frío en el alma, oí esta afirmación del comisario:

—Procederemos después al análisis de las píldoras.

Penetré sus palabras ignaras: se refería a mis glóbulos. Supuse, como era natural, que los requisaría en el acto. Pero el comisario Aubry, con una falta de lógica sólo comparable a su falta de cortesía, pasó a la habitación de Cornejo, dejándome plena libertad de tomar las precauciones que la prudencia me recomendaba.

XV

No vacilo en afirmar que las habitaciones de los demás pensionistas no merecieron del comisario Aubry la prolongada minuciosidad que dedicó a las del doctor Humberto Huberman.

Mientras la comitiva policial continuaba la inspección del hotel, yo no estaba inactivo. Después de poner en orden mi cuarto inicié, por mi cuenta, la investigación... Salí al corredor. ¡Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que ningún gendarme vigilaba el lugar del crimen! Me aposté en la sombra, en el mismo sitio en que, la tarde anterior, Miguel había escuchado las disputas de Emilia y de Mary. Inmediatamente recordé cómo yo había sorprendido a Miguel y, con súbito pavor, pensé que a mí también podían sorprenderme.

Me disponía a huir, cuando unos pasos me contuvieron. Eran los de la dactilógrafa. Yo empezaba a reconocer, uno a uno, los elementos de esa casa hermética, de ese mundo limitado (como el presidiario reconoce las ratas de la cárcel y el enfermo los diseños del empapelado o las molduras del cielo raso). Blandiendo su pantalla, la cazadora apareció en la penumbra. Rondó peligrosamente, siguiendo el vuelo de las moscas. Luego se perdió en la oscuridad de los corredores.

Esperé un poco más. No era grave que me sorprendiera la dactilógrafa; convenía, sin embargo, que nadie supiera que yo había estado escondido en las inmediaciones del cuarto de Mary. Esperé demasiado. Atuel bajaba lentamente la escalera. Avanzaba con una mezcla de cautela y de firmeza que me paralizó, como la brusca revelación de un poder criminal en un hombre que hasta entonces yo había mirado con indiferencia. Entré en el cuarto de Mary. Sacó una valija que había debajo de la cama; la abrió,

hurgó un rato en ella. Revisó, después, los papeles que había sobre la mesa. Parecía buscar algo. Su extraordinaria compostura no era natural; recordé a los buenos actores, que saben que tienen público y lo desdeñan... Un sudor frío me perlaba la frente. Atuel dejó los papeles; tomó del estante un libro rojo (lo reconocí: era una novela en inglés, con un emblema en la tapa, con máscaras y pistolas superpuestas); guardó el libro en el bolsillo; caminó hasta la puerta; miró hacia uno y otro lado; dio unos pasos largos y silenciosos; de nuevo se detuvo; lo vi subir los escalones, de cuatro en cuatro.

Salí por fin. Si me quedo unos minutos más, me sorprende la policía. Le ordené a mi prima que me preparara un candial.

XVI

El comisario nos reunió en el comedor.

—Señores —exclamó con estentórea gravedad—, espero que estén dispuestos a declarar. Me instalaré en el despacho del patrón y ustedes pasarán en turno, como ovejas por el bañadero.

—¿Le falta el sentido del humor? ¿Por qué no se ríe? —me preguntó Montes.

Me disponía a replicar debidamente, pero las vaharadas alcohólicas me hicieron retroceder.

Empezó el interrogatorio. Fui llamado entre los primeros. Aunque no me presionaron, dije cuanto sabía, sin omitir ningún rayo de luz que pudiera orientar la investigación. Como un benévolo novelista policial, me limité a distribuir los énfasis. Confiaba que bajo mi férula aun la modesta mentalidad de Aubry llegaría a descubrir el misterio.

Al salir del escritorio advertí que un olvido esencial malograba mi exposición. Quise volver. No me admitieron. Debí esperar que los otros testigos depusieran sus prolijos balbuceos. El purgatorio nunca es breve.

No será ocioso, tal vez, registrar en esta crónica un detalle —que Aubry me comunicó en conversaciones ulteriores— de la declaración de Andrea. Parece que esa noche mi prima, como de costumbre, había puesto una taza de chocolate en la mesa de luz de Mary. Ahora faltaba la taza. Andrea afirmaba no haber advertido inmediatamente esa falta y aducía, a manera de explicación, el estado de sus nervios.

Llegó, por fin, el candial que yo había pedido. Mi espíritu se reanimó.

Cuando me llamaron, no me levanté como quien obedece una orden, sino como quien persigue un desquite. Al entrar en el escritorio murmuré la

tradicional estrofa:

*Un pájaro, al fin, cruzó.
De entre la niebla salió.
Lo saludé con la mano
como si fuera un cristiano.*

Miré en silencio al comisario. Después anuncié dramáticamente:

—En el cuarto de un niño, en el sótano de esta casa, escondido entré baúles, hay un pájaro muerto. Un albatros. Lo encontré hoy a la tarde, con el pecho abierto, sin vísceras. —Hice una pausa. Continué—: Quizás unas horas después, cuando el doctor Montes examinaba el cadáver de la muchacha, en el sótano unas manos solitarias embalsamaban el albatros. ¿Qué pensar de estas situaciones simétricas? El veneno que mata a la muchacha, en el pájaro conserva el simulacro de la vida.

XVII

Esa misma noche mi revelación dio sus primeros frutos. Sin encontrar resistencia, con la silenciosa naturalidad de lo necesario, pasé del grupo de los sospechosos al grupo de los investigadores. En efecto, en un aparte confidencial, prolongamos con el comisario Aubry y con el doctor Montes unas tazas de café y unos guindados, hasta que la madrugada clareó entre los arenales.

Mi colega quería hablar de mujeres; el comisario gratificó nuestro espíritu hablando de libros. Era un asiduo del *Conde Kostia*, admitía a *Fabiola* y desaprobaba a *Ben Hur*; pero su libro favorito era *El hombre que ríe*. Sus ojos azules me miraron con intensa gravedad.

—¿No cree —me preguntó— que el momento más enorme de la literatura es aquél en que Hugo nos habla de ese lord inglés aficionado a las riñas de gallos y que en un club hace bailar sobre las manos a dos mujeres? A una, que era soltera, le dio una dote y al marido de la otro lo nombró capellán.

Yo estaba agradablemente perplejo ante el fervor literario de Aubry, incómodamente perplejo ante su pregunta. Por una generosidad del destino, la frase que me permitió sortear la situación era, a su vez, un consejo útil. Le recomendé obras modernas: traté de que leyera *La Montaña mágica*, de Thomas Mann, novela de lectura oportuna en nuestras circunstancias y de la que no teníamos en el hotel ni un solo ejemplar.

Me escuchó con reverencia y avidez. Parecía que sus ojos celestes se clavaban en mis palabras. Quizá los clavaba en su memoria. Mis labios todavía pronunciaban «Thomas Mann», cuando él dijo laboriosamente,

como quien se afana «por la oscura región del olvido» en busca de unos versos:

—Hardquanonne dice: «existe una probidad en el infierno». Frases como ésta revelan al gran receptor; destacan, entre los talentos, al genio.

Toda mi vida es un encontrarme con estos amigos frustrados: mientras piensan abstractamente nos entendemos; dan un ejemplo y surge la incompatibilidad. Con un cálido impulso de simpatía, cuya autenticidad no examinábamos, seguimos hablando de literatura hasta que el doctor Montes interrumpió su hosco silencio para preguntar.

—¿A qué conclusiones ha llegado en la investigación?

Sus ojos, curvos y atentos, se fijaron primero en Montes, después en mí; su boca, moviéndose como la de un rumiante, paladeó el guindado. Ya dispuesto a reprocharme deficiencias de cordialidad, me pregunté hasta dónde había progresado en la confianza del hombre. No tenía una fe ilimitada en la explicación del misterio que daría Aubry. Quería oírla.

XVIII

—Desde el principio comprendí quién era culpable —afirmó el comisario, inclinando confidencialmente el busto y escudriñándonos como si estuviéramos en el horizonte—. La ulterior investigación y los interrogatorios confirmaron mi sospecha.

Me sentí dispuesto a creerle. Los crímenes complicados eran propios de la literatura; la realidad era más pobre (recordé a Petronio y a sus piratas encadenados en la playa). Además, presumiblemente Aubry tendría cierta experiencia en la materia. En las novelas (para volver a la literatura) los funcionarios policiales son personas infaliblemente equivocadas. En la realidad son algo mucho peor, pero suelen no fracasar, porque el delito, como la locura, es un fruto de la simplificación y de la deficiencia.

—Señores —articuló confusamente el doctor Montes—, ¿me permiten un brindis?

—¿En honor de qué? —preguntó el comisario.

—De las verdades maravillosas que vamos a oír.

Secretamente me alegró la respuesta. ¿Qué podía esperarse de un investigador que escuchaba los desatinos de un borracho?

El comisario prosiguió:

—Empecemos por los motivos. A lo que sabemos, hay dos personas con motivos permanentes para cometer el crimen.

—Si dice «a lo que sabemos» —interrumpió el borracho, con menos oportunidad que lógica—, reconoce que hay algo que no sabe y toda la solución se derrumba.

—En cuanto a los motivos, repito, hay dos personas que merecen nuestra atención —continuó el comisario, como si no hubiera oído la

impertinencia de Montes—; la señorita hermana de la víctima y el señor Atuel.

Me sentí consternado. Desde ese instante, lo confieso, debí esforzarme para seguir las explicaciones de Aubry. Mi imaginación se desviaba hacia una suerte de espectáculo cinematográfico; las escenas ocurrían en orden inverso —primero, mis últimas conversaciones con Emilia; finalmente, el episodio de la playa— y la interpretación también había cambiado; ahora, al revisar las disputas entre las hermanas, la muchacha buena era Emilia. Pensé en Mary y me dije que la conducta de los hombres tiene un curso, con fluctuaciones y cambios, más allá de la muerte. Pensé en Emilia y me pregunté si no empezaba a quererla.

Hubo en la «explicación» de Aubry algún alarde técnico; trataré de repetirla con sus mismas palabras.

—Clasifiquemos los motivos en permanentes y ocasionales —dijo con expresión adusta—. En el presente caso, los primeros son de orden económico y de orden pasional. Esta muerte beneficia a la señorita Emilia Gutiérrez y al señor Atuel. La señorita Emilia heredará a su hermana. Recibirá unas alhajas que no creo exagerado calificar de valiosas. Y, a estar en mis informes, los novios postergaban el matrimonio en razón de dificultades económicas. En cuanto al señor Atuel, por ese matrimonio llega a beneficiarse con la muerte. Los motivos pasionales apuntan a las mismas personas. Parece un hecho comprobado que la difunta andaba en amores con el novio de la señorita Emilia. Así tenemos los celos, el catalizador de la tragedia. Este factor es netamente femenino, ¡malo para Emilia! Pero el enredo entre el novio y la víctima debe considerarse como un fermentario de pasiones violentas, que señala también al primero de los nombrados. Pasemos, ahora, a los motivos ocasionales. Las últimas peleas ocurren entre las señoritas, con la exclusión parcial del novio. ¡Mal asunto para la señorita Emilia! Finalmente pasemos de los motivos a la ocasión. Al llegar a esta frase, Atuel queda descartado, cuando ocurrió la defunción no estaba en la casa. Vive en el Hotel Nuevo Ostende. Las dos hermanas se alojan en cuartos contiguos. Como ustedes recordarán, en la noche de la tragedia la señorita Emilia baja sola a su cuarto. Después echa la estricnina en el chocolate; espera que el veneno obre; hace desaparecer la taza (tal vez

arrojándola por una ventana; cuando pase la tormenta habrá que remover la arena). Conclusión: si el diablo no la ayuda, ¿dónde encontrará salida la señorita?

Sospeché que en la trama lógica de estos argumentos había imperfecciones, pero estaba demasiado confuso y demasiado apesadumbrado para descubrirlas. Atiné a protestar:

—Su explicación es psicológicamente imposible. Usted me recuerda a esos novelistas que se concentran en la acción y descuidan los personajes. No olvide que sin el factor humano no hay obra duradera. ¿Ha pensado en Emilia? Me niego a aceptar que una muchacha tan sana —un poco pelirroja, concedo— haya cometido este crimen.

Yo pretendía demasiado: que una mera improvisación emotiva reemplazara a una crítica lógica. El comisario dijo:

—Victor Hugo le responderá: «La ansiedad convierte en tenazas los dedos de una mujer; una niña que tiene miedo clavaría sus rosadas uñas en una barra de hierro».

El doctor Montes pareció despertar de su letargo.

—Si yo no estuviera tan borracho, le diría que todo su caso está fundado en presunciones —le explicó afectuosamente al comisario—. Usted no tiene una sola prueba.

—Eso no me alarma —contestó Aubry—. Tendré todas las pruebas que quiera cuando la hagamos hablar en la comisaría.

Miré con incompreensión a ese hombre que razonaba con vulgaridad, pero con eficacia, que sentía una ardorosa afición por la literatura, que se conmovía con Hugo, y que sin vacilaciones se disponía a torturar a una muchacha y a condenarla, tal vez, injustamente.

Me sorprendí mirando a Montes con simpatía. Había mucho que perdonarle, pero tal vez dos médicos formáramos un buen abogado.

¿Y qué significaba este misterioso poder de Emilia? Yo, que soy esencialmente vindicativo, por ella me inclinaba a fraternizar con un colega que me había insultado. En ese momento encontré la respuesta a una pregunta que me había planteado un rato antes. No era amor lo que sentía: era un ambiguo sentimiento de culpabilidad. Yo era, en ese limitado mundo de Bosque del Mar, la inteligencia dominante, y mis declaraciones habían

orientado la investigación. Repetirme que había cumplido con mi deber era insuficiente, aun como consuelo.

—Una medida elemental —opinó Montes— sería vincular el veneno con alguien; averiguar, por ejemplo, quién compró estriknina en la farmacia..

—No he omitido esa providencia —respondió con autoridad Aubry—. Mandé uno de mis hombres con instrucciones precisas: preguntarle al farmacéutico a quién o a quiénes había vendido estriknina en los últimos meses. La respuesta fue terminante: a nadie.

Con fingida naturalidad interrogué:

—¿Cuál es su plan, comisario?

—¿Mi plan? No decirle una palabra a la muchacha hasta que pase la tormenta. Después la detengo y me la llevo. Les pido que no se inquieten. No podrá huir. Tampoco destruirá las pruebas: mis pruebas, como ustedes saben, aparecen en el interrogatorio. Nuestra misión, ahora, es quedarnos quietos; esperar que pase la tormenta.

Me levanté impaciente. Miré por la ventana. Una aurora parda, arenosa, se insinuaba entre el vendaval. El mundo parecía los restos de un incendio amarillo. Sobre oscuros postes caídos se levantaba en espirales la arena, como un humo furioso. Me pregunté, sin embargo, si el ímpetu de la tormenta continuaba con igual intensidad y, con miedo en el corazón, busqué los signos de una próxima calma.

Apoyé una mano, después la otra, después la frente, en el vidrio. Sentí su frescura, como si tuviera fiebre.

XIX

El sueño es nuestra cotidiana práctica de locura. En el momento de enloquecer diremos: «Este mundo me es familiar. Lo he visitado en casi todas las noches de mi vida». Por eso, cuando creemos soñar y estamos despiertos, sentimos un vértigo en la razón.

Yo oía en un piano el *Vals olvidado*, de Liszt, el mismo vals que Emilia había tocado la noche anterior ¿Estábamos todavía encerrados en el hotel, en medio de la tormenta de arena, con la muchacha muerta en su cuarto? ¿O inexplicablemente yo me había perdido y desandaba camino en el tiempo? Esa mañana me desperté con el ahogo y la ciega y angustiada necesidad de salir que algunos enfermos experimentan en el sueño de la anestesia. No podía abrir la ventana, pero con un frenesí de esperanza me disponía a salir del cuarto. Abrí la puerta: ningún alivio; la misma pesadez y la mente absorta oyendo el *Vals olvidado*.

Lentamente subí las escaleras. Ahora, como al despertar de un sueño, las cosas reales me asombraban y la música persistía como una última reliquia de la locura. Yo iba a su encuentro, receloso de perderla, con nostalgias, ya, del milagro.

Entré en el comedor. Junto al aparato de radio, que transmitía el *Vals olvidado*, Manning jugaba solitarios.

—¿No le parece que en esta ocasión no es oportuna la música? —le pregunté.

Me miró como si fuera él quien despertara.

—¿Música?... Perdón... No la oía. Puse la radio para oír las noticias. Empecé a jugar y me olvidé.

Cerré el contacto.

—Usted es el tigre de los solitarios —le dije.

—No lo crea —respondió—. Un amigo afirmó que de mil partidas se ganan setenta y cinco. Me pareció exagerado.

—¿Haciendo la prueba?

Advertí que en mi trato con Manning yo empleaba un desacostumbrado tono de protección. Manning era inusitadamente pequeño.

Mientras él trataba de explicarme algo sobre el cálculo de probabilidades, me acerqué a la ventana. Parecía increíble que detrás de nuestro cielo opaco hubiera otros cielos con sol. Sentí asco por esos interminables vientos de arena.

En un ángulo de la ventana había una araña.

—A esta hora traen mala suerte —declaré. Tomé un diario para aplastarla.

—No la mate —me rogó Manning—. Salió porque había música. La puse en ese rincón hace dos o tres días y miré la tela que ha tejido.

Miré. Había una suciedad de telas y una mosca hueca.

—Huberman —resonó una voz—. Lo necesitamos.

Era Cornejo. Estaba vestido con un pantalón blanco, de franela, y una camisa *sport*. Había en su tono algo que hacía pensar en el capitán de un barco, tomando las últimas providencias en medio de un naufragio.

—Venga al escritorio —prosiguió—. Van a cerrar el cajón. Acompáñela a Emilia.

Reconforta siempre encontrar personas capaces de valorar las cualidades de conductor espiritual que hay en mí.

En el escritorio, Atuel Montes y el comisario acompañaban a Emilia.

—Voy a bajar —declaró Cornejo; y partió con perfecta compostura.

Con un cálido sentimiento de responsabilidad traté de acercarme a Emilia. Atuel y Montes conversaban con ella. Mientras yo discutía con el comisario sobre las probabilidades del tiempo, los miraba; los hombres, naturales y borrosos; Emilia, incómoda en la silla, rígida, con esa actitud de actor en el escenario, que tienen las personas que sufren. Imprevisiblemente me pregunté si Cornejo me había llevado al escritorio porque Emilia me necesitaba o porque él necesitaba que yo no estuviera en otra parte.

Un vecino rumor de porcelanas y de cubiertos anunció la proximidad del desayuno. No pude menos que desechar las ideas ingratas. En efecto, en la diaria ceremonia del primer alimento veo los caracteres de la emoción poética, que inviolable y Prístina renace a través de las repeticiones. Extraje del bolsillo el tubo del arsénico y deposité en la palma de la mano izquierda los diez glóbulos necesarios. Cuando los llevé a mi boca entreví un brillo de sorpresa en los honestos ojos del comisario Aubry. Me ruboricé como un niño.

Cornejo apareció en el marco de la puerta. Estaba pálido, terrosamente pálido, como si una súbita vejez lo hubiera abrumado. Se apoyó sobre la mesa.

—Tengo que hablarle, comisario —dijo con una voz cansada.

El comisario y yo nos acercamos. Atuel pareció interesarse en el impenetrable paisaje de la ventana. Emilia se retiró, indiscretamente seguida por Montes.

XX

En él cuadro de Alonso Cano la muerte deposita un beso helado en los labios de un niño dormido.

Al salir del escritorio, Cornejo se había dirigido al cuarto de Mary. Quería que alguien —además del hombre de las pompas fúnebres y de algún previsible gendarme— despidiera a la muchacha muerta en el momento de ser encerrada en el ataúd. En el trayecto se encontró con el hombre; éste le dijo que iba al piso bajo, a buscar unas herramientas. Al pasar por el corredor, Cornejo arrancó tres hojas del calendario de las alpargatas marca Langosta para ponerlo al día (enumero minuciosamente estos detalles, como si tuvieran importancia para el relato; quizá la tuvieran para el relator o, simplemente, le sirvieran para no distraerse, como los planos que la otra noche había trazado en el mantel), Después^entró en el cuarto de Mary. Al llegar a este punto Cornejo se calló, tuvo un estremecimiento, se enjugó la frente con un pañuelo y creímos que iba a desvanecerse. Lo que había presenciado era atroz, y las experiencias que tenemos a solas, cuando por vez primera las comunicamos, alcanzan el apogeo de intensidad. Lo que vio (aseguró Cornejo) fue tan horrible, que desde entonces la puerta de ese cuarto sería para él, en los recuerdos y en los sueños, un lugar terrorífico. En la soledad central de ese cuarto, en el corazón del silencio y de la quietud de esa casa enterrada en la arena, vio en la vacilante luz de los cirios, que parecía proyectar la sombra de un follaje invisible, al niño Miguel besar en los labios a la muerta.

El comisario preguntó:

—Cuando lo vio a usted, ¿qué hizo el chico?

—Huyó —respondió Cornejo, después de una pausa.

—¿Quién se quedó en el cuarto de la difunta?

—Cuando yo salí entró la dactilógrafa. Habría que interrogar en seguida a ese chico.

—No me parece conveniente —opinó Aubry—. Tendríamos un disgusto con la tía.

Aprobé.

—Los niños son muy sensibles —dije—. Podríamos impresionarlo, dejarlo marcado para el resto de la vida.

El doctor Cornejo me miró como si no comprendiera el castellano.

—Si le hablamos tan pronto —observó el comisario—, podemos obligarlo a mentir. Y usted lo sabe muy bien, una vez que se empieza con las mentiras. . .

Yo iba a decir algo. El comisario me contuvo.

—No hable —me pidió—. No agregue nada a lo que ha dicho. Lo que ha dicho es admirable. Me recuerda aquella frase en que Hugo afirma que las experiencias duras, cuando llegan demasiado pronto, levantan en el alma de los niños una especie de formidable balanza en la que éstos pesan a Dios.

XXI

Sin duda en la mente del comisario Emilia tenía, todavía, importancia. Los otros pensaban únicamente en Miguel; tal vez en Miguel y en Cornejo. Parecía que los demás personajes quedábamos excluidos del drama.

Sentí una urgente necesidad de hablar, de comunicar las confidencias de Aubry. Yo sabía que Emilia estaba en peligro de ser detenida y tal vez torturada. Yo confiaba en su inocencia. Yo estaba convencido de que alguna táctica defensiva era imprescindible. Si no aprovechábamos, en el acto, mis conocimientos, después quizá fuera tarde. Me abrumaba la responsabilidad.

Una grave incertidumbre postergaba mi resolución. Primero había pensado hablar con Emilia. En general, me entiendo mejor con las mujeres que con los hombres (es verdad que Emilia era una mujer joven y la sociedad que yo prefiero es la de mujeres maduras). Por otra parte, mis noticias podían asustarla. Consideré que no era prudente confiar en una persona perturbada por el terror secretos cuya revelación me perjudicaría. Me decidí por Atuel. La entrevista sería menos agradable, pero la prestigiaban los méritos de la seguridad y de la cordura, tan gratos a quienes pretendemos que un austero equilibrio informe nuestras vidas. Juzgué que los vínculos de Atuel con Emilia excluían, para mí, todo riesgo ulterior.

Lo busqué en el cuarto de Mary, en el de Emilia, en el comedor, en el escritorio, en el sótano. Metódicamente emprendí una gira por las habitaciones del hotel. Aubry me dijo que no lo había visto; Andrea me miró con desconfianza; Montes me echó de su cuarto y me amenazó con un pleito por violación de domicilio; la dactilógrafa, abstraída y apresurada, me respondió:

—Está en la pieza del doctor Manning.

Los encontré apoltronados en sillones, imperdonablemente hundidos en la más inconcebible frivolidad. Manning leía la novela inglesa que Atuel había tomado del cuarto de Mary. Atuel leía una de esas novelas de tapa arlequinesca, que Mary había traducido. En una mesa interpuesta entre los lectores había papeles con anotaciones y lápices. ¡Redactaban apostillas y notas a textos policiales!

Si Atuel condescendía a estas puerilidades, debía de ignorar las intenciones del comisario. Me convencí de la necesidad de prevenirlo inmediatamente. No sin alguna satisfacción pensé en el arrepentimiento que sentiría el pobre hombre cuando supiera el peligro en que se hallaba su novia.

Confieso que todavía me esperaban sorprendentes desilusiones, cuyas huellas —ahora borradas, por cierto— no cicatrizaron tan pronto como yo hubiera deseado. Cuando declaré: «Tengo algo importante que decirle», me pareció menos evidente en Atuel el interés por oír me que el disgusto de interrumpir la indecorosa lectura. Sin omitir detalle le comuniqué las noticias. Me escuchó con visible deferencia, me dio las gracias y ¿qué fue lo primero que hizo sino retornar a su novela?

XXII

El comisario Aubry empuñaba el enorme albatros embalsamado.

Atada al pescuezo del pájaro con una cinta verde, colgaba una fotografía del niño, con la inscripción. *A mis queridos padres, recuerdo de Miguel*. En la blancura del pecho vi agolpada toda la nostalgia de los días en que la luz, «sombra de los dioses», ilumina cristalinamente al mundo junto al mar; días que, para nosotros, parecían definitivamente sepultados bajo la tormenta de arena.

En el mismo baúl, en un papel de diario, encontramos una pequeña cantidad de arsénico. Desde hacía unos veinte minutos, el comisario Aubry, Andrea y yo registrábamos el cuarto de Miguel. El comisario preguntó a Andrea:

—¿Cree usted que Miguel, sin ayuda de nadie, pudo embalsamar el pájaro?

—Creo que sí —respondió la mujer—. Se ha pasado la vida...

—¿Qué motivos habrá tenido para esconderlo? —interrumpió Aubry.

—Sabía que me disgustaba. Mientras estuviera en casa, no podía martirizar animales. Se lo habíamos prohibido. Yo creo que hay que reprimir la crueldad en los niños.

Aubry le mostró el paquete de arsénico.

—¿Usted sabía que el chico tenía este veneno?

Andrea lo ignoraba. Ignoraba también que el veneno se empleara en la taxidermia y en la conservación de las algas.

El comisario le dijo que podía retirarse. Nos quedamos solos, considerando las posibles vinculaciones de nuestros hallazgos con la muerte

de Mary. Pero en la relación de causa y efecto que intentamos establecer había una cesura fatal. No era arsénico el veneno que había matado a Mary.

Fue necesario que el doctor Cornejo presenciara el beso atroz del niño para que Aubry tomara en cuenta mi denuncia referente al pájaro embalsamado. A partir de ese momento se me dio el lugar que yo merecía. Aubry me consultaba para todo. Tal vez pueda objetarse esta manera de conducir una investigación. ¿Por qué Aubry no buscaba impresiones digitales? ¿Por qué no ordenaba que se hiciera la autopsia del cadáver? Sólo un detective de pueblo de campo —se añadirá— elegiría como confidente a un desconocido. Pero no es difícil contestar a estos reparos. Con las impresiones digitales no se adelantaría mucho (aparecerían, sin duda, las de todos nosotros); la autopsia probaría lo que nadie ignoraba (que el envenenamiento era por estriknina); finalmente, yo no soy un desconocido, y esta manera de llevar las cosas como en familia tiene sus ventajas; la confianza se propaga, el sospechoso paulatinamente olvida la cautela.

Con ridícula timidez Manning golpeó la puerta. Tenía algo importante —se atrevió a pronunciarla palabra «importante»— que declarar. Con agrado oí esta réplica del comisario:

—Le ruego que difiera la revelación hasta después del té.

XXIII

Todos se retiraron del comedor después del té, salvo Atuel, Aubry, Montes y yo.

—Vamos a ver qué tiene que decirnos el doctor Manning aquí presente.

—La hipótesis que voy a proponer ya la he discutido con el señor inspector Atwell.

Primero me pareció que yo había oído mal; después, que por virtud de esa frase el mundo se transformaba y lo familiar se volvía desconocido y peligroso. Contuve apenas mi irritación.

Yo repetía: «Atuel, Atwell». Manning explicaba:

—No tengo ningún mérito. Fue obra de la casualidad. Cómo ustedes sabéis, ayer a la mañana pasé un largo rato en el cuarto de la señorita Mary. La mesa estaba cubierta de papeles. Dé pronto, en una hoja de *block* leí una frase que me llamó la atención. Quizá le di excesiva importancia; la copié. Cuando subimos al comedor se la comuniqué a Atwell.

El comisario Aubry apagó contra el cenicero un cigarrillo que acababa de encender.

—No está en mi ánimo hacerle reproches, inspector —declaró—, pero ¿porqué no me dijo nada? En cuanto supe quién era usted, le pedí su colaboración.

—¿Cómo iba a molestarlo con una sugerencia en la que yo mismo no creía? Pero no nos detengamos en cuestiones de procedimiento; lo importante es el resultado. Dejemos que Manning lo comunique.

—Probablemente ustedes no vieron la hoja porque la dactilógrafa ordenó la mesa —explicó el aludido—. Había pruebas de imprenta y páginas escritas a mano; estas últimas eran la traducción que la señorita

Gutiérrez estaba haciendo de una novela de Michael Innes. Como era un texto corrido, ustedes no siguieron leyendo, pero la hoja debe de estar ahí.

El comisario respiraba penosamente. Su contrariedad era visible. Manning continuó:

—La frase en cuestión era parte de un libro o era un mensaje de la señorita Gutiérrez. Lo primero podía determinarse fácilmente. La noche antes de su muerte, la señorita nos declaró que tenía en su habitación una pequeña biblioteca formada por la totalidad de las novelas que había traducido. Le pedí al inspector que me permitiera leer las páginas manuscritas. Me dijo que no podíamos tocarlas. Conseguí que me dejara leer los libros; eran objetos menos personales. En estas dos tardes he leído el original de la novela que estaba traduciendo la señorita y buena parte de los libros ya traducidos. Los demás los leyó el inspector. Hemos trabajado conscientemente. Podemos afirmarle que la frase no figura en ninguno de los libros.

Hubo un silencio. Por fin el comisario exclamó:

—¡Querido inspector, qué manera de colaborar con sus colegas!

En el tono de estas palabras creí descubrir que Aubry estaba resentido, aceptaba, la solución de Manning y no tenía curiosidad por conocerla. En cuanto a mí, no pude reprimir la curiosidad (me ufano de ello; nuestra adhesión a la vida se mide por la intensidad de nuestras pasiones). Le rogué a Manning que no siguiera demorando la comunicación de esa frase, la clave que les permitía a él y a Atwell penetrar un misterio que todavía era oscuro para nosotros.

—Lo que la señorita Gutiérrez escribió antes de morir es esto — contestó Manning monótonamente. Después leyó en una tira de papel:

Con pena tengo que anunciarle mi resolución, pues sé demasiado que va a dejarlo atónito, y si algo en esta dura tierra pudiera inducirme a abandonar mi determinación sería nuestra larga amistad y el pensamiento de su buena voluntad y de su afecto. Pero las cosas han llegado a tal punto que no me queda más que saludar al mundo y salir de él.

XXIV

El destino de todos nosotros, los escritores que obedecemos al llamado de la vocación y no al afán del lucro, es una continua busca de pretextos para diferir el momento de tomar la pluma. ¡Con qué solicitud la realidad suministra esos pretextos y con qué delicada devoción se confabula con nuestra indolencia! Yo no podía seguir, hechizado en el estéril problema del suicidio, o el crimen, de Bosque del Mar. La hora de reaccionar había llegado. Me enclaustré en el silencio y en el asilo de mi cuarto, me hundí en el cómodo abrazo del sillón, abrí el casi virginal cuaderno y el libro de Petronio. Pensé en Mary.

Como quien investiga un texto capaz de interpretaciones sutilmente contradictorias revisé la disputa entre las dos hermanas, ocurrida en la noche anterior a la muerte de Mary. Interrogué también los móviles que podían llevar a un suicida a dejar su mensaje póstumo perdido entre otros papeles.

Me pregunté si esto último no era un acto de tortuosa honestidad. Por él Mary aplacaba su conciencia, Dejaba la prueba que debía salvar a un inocente, pero la dejaba oculta.

Este suicidio era el inevitable fin de un drama que yo vislumbraba. Con la desesperada vehemencia de las malas causas, Mary se enamora del novio de Emilia. Secretamente intenta arrebatárselo. Cuando se ve perdida, resuelve morir. En el proyecto de su muerte encuentra la dulzura de la venganza. ¿Si alguien pudiera interpretar el suicidio como asesinato? En su última noche procura que Emilia se enoje con ella. Después escribe el mensaje declarando que muere por su propia mano, pero lo escribe en un papel idéntico a los que emplea para su traducción de Michael Innes; lo

pone entre los papeles de la traducción. Deja que la casualidad la encubra o la delate y cree, de esa manera, salvar su alma.

Consideré a continuación la parte de Atwell en la pesquisa. Éste me dijo que no había querido intervenir en el procedimiento por algo que no entendí de las generales de la ley y por su relación con Emilia y con Mary. El argumento me pareció convincente. Soy médico y sé cómo los sentimientos traban nuestro juicio profesional. Agregó, además, que no había querido herir la susceptibilidad del comisario.

No me resigné a admitir que la participación de Atwell fuera tan simple como él quería presentarla. Parecía evidente que Manning había logrado la solución del misterio. Pero ¿la había logrado él solo? A través de sus deducciones ¿no se adivinaba la mente directora de Atwell?

Después tuve un aparte con Aubry y le pregunté quién era el inspector.

—El hombre de más mérito de la repartición —contestó—. Atwell es hoy tan famoso que para tomar un descanso tiene que andar de incógnito, como los reyes.

Miré los ojos de Aubry. No expresaban ironía. Expresaban respeto.

«La repartición» era la policía de la Capital Federal. Atwell trabajaba en la Sección Investigaciones.

XXV

Después de comer hubo un momento en que Emilia y yo nos quedamos solos en un rincón de la mesa. Lo aproveché inmediatamente. «Tengo que hablarle», dije con un énfasis que para no ser amatorio fue truculento. Sospecho que entonces ignoraba de qué tenía que hablar. Pero tenía que hablar, porque sentía en mí ese instinto social, gregario, que es uno de los más profícuos y nobles caracteres del alma humana.

Nadie nos miraba. Tomé la mano de Emilia y con un sentimiento que venía de lo más profundo de mi corazón le comuniqué las siniestras conjeturas del comisario. No retiró la mano. No me contestó. Ningún asombro, ninguna contrariedad, pareció turbar su apacible congoja. Debí alegrarme, pero inexplicablemente me sentí defraudado.

Muy pronto, sin embargo, reconocí con gratitud que a la aparente frialdad de Emilia yo debía la recuperación de mi buen sentido. ¡Cómo había dramatizado mi simpatía y mi ansiedad por la muchacha! ¡Qué descanso verme libre de esa injustificable locura!

Es duro reconocerlo, pero el misterio de la muerte de Mary empezaba a dañar el perfecto equilibrio de mis nervios. Decidí acostarme temprano para reponer fuerzas. Dije «Buenas noches» y me dirigí al escritorio para cargar con tinta mi lapicera y dejarla preparada para los afanes literarios de la mañana siguiente. Cuando entré, Atwell y el comisario examinaban un papel. Me lo entregaron. No tenía encabezamiento, fecha ni firma. Era el mensaje de Mary. ¡Cuánta pena, cuánto designio malsano confesaban los rasgos complicados y ampulosos de esa escritura a quienes nunca dimos la espalda a las verdades grafológicas! Porque ya es hora de sondear las ciencias ocultas, de releer y volver a escribir el fárrago de libros

compuestos con el criterio, el método y la tinta de la más oscura Edad Media, de emprender la Gran Aventura, el viaje sin brújula del astrólogo, del alquimista y del mago. Hombres de todas las profesiones despiertan hoy al Sueño Maravilloso... Pero ¿quién negará que es entre los homeópatas donde se reclutan los más esforzados campeones de la nueva cruzada?

El comisario miró con sus ojos austeros al inspector, y sombríamente declaró:

—Con todo el respeto que le debo, sigo creyendo que las presunciones contra la señorita Emilia son terminantes. Mis planes no han variado: detenerla y llevarla a Salinas. Se cumplirán si el asunto no pasa a otras manos.

Instintivamente procuré mirar hacia afuera. En la pared blanca, la ventana era un rectángulo impenetrable y oscuro como el ónix. Apoyé mi oído contra el vidrio. Me pareció que el viento amainaba.

XXVI

Yo rememoraba como algo inalcanzable aquellas mañanas en mi casa de la Capital, que empezaban con los enanos correntinos trayendo la bandeja pajiza, el té aromático, las tostadas y los bizcochos, el dulce y la miel. Aquello sí que era «un alegre despertar» —como rezan los textos de enseñanza primaria—; luego venía el ocio placentero, los libros, y luego la tarde azarosa, el consultorio con premios para el profesional y para el hombre. Mis verdaderas vacaciones habían quedado allá, junto a esas costumbres domésticas y hogareñas que parecían perdidas. ¿Qué inquietudes me depararía el nuevo día? Temeroso, incrédulo de mi temor (era inverosímil que esta anormalidad siguiera perturbando mi vida), abrí la puerta de la habitación. Al llegara la escalera me encontré con Andrea.

—¿Sabes la novedad? —me dijo—. Le robaron las joyas a la muerta.

Decidí interrogar a Aubry. Estaba en el escritorio. Cuando entré, daba órdenes a uno de los gendarmes.

—Incomunique a todo el mundo —vociferó.

—¿Quién es «todo el mundo»? —inquirí.

—Todos —respondió secamente el comisario—, salvo usted y Atwell.

Me pregunté si mi exclusión no se debía a que yo fuera, en ese momento, su interlocutor. De cualquier modo, la orden me pareció tranquilizadora: conjuraba el inminente peligro de que todos en el hotel —excepto la víctima— nos convirtiéramos en detectives. El comisario me ofreció un cigarrillo 43 y procedió a explicarme los hechos.

—La señorita Emilia vino a primera hora con la noticia de que le habían robado las joyas de su hermana. Le dije que estuviera tranquila, que Atwell se había hecho cargo de las joyas. Habíamos concertado eso con Atwell.

Cuando lo vi, lo interrogué sobre el asunto. Me confesó que después de hablar conmigo lo había olvidado por completo. He interrogado a algunas personas; me faltan usted, el doctor Cornejo y la dactilógrafa. Creo saber que las joyas estaban en el cuarto de la víctima hasta la aparición de ese chico. Después, nadie las ha visto. Pero queda por decir lo más interesante. Di orden de que registraran la pieza de la difunta y... ¿a que no sabe qué encontramos?

Me alargó un papel escrito a lápiz. Leí:

Para Mary:

Tengo que hablarle. La espero a la hora de la siesta, en el corredor. Gracias. Muchas gracias.

CORNEJO

Las palabras «*tengo que hablarle*» evocaron en mí recuerdos incómodos. Creo que me ruboricé.

Después de algunos comentarios procaces, aducidos con gravedad, casi con tristeza, el comisario continuó:

—En el comedor están Cornejo y la dactilógrafa. La declaración de la mujer me interesa. Ella estuvo en el cuarto poco después de la escena del chico.

En ese momento entró agitadamente un gendarme.

—El doctor Cornejo ha muerto —declaró.

XXVII

Pasamos al comedor.

El porvenir será del político, del literato, del educador, que maneje la retórica del detalle. Siempre hay un detalle particular cuya alteración apareja la más extrema alteración del conjunto. El hecho de que una persona estuviera acostada en el suelo en ese cuarto tan grande, tan vacío, bastaba paja crear la ilusión de un desorden copioso.

Manning salió a mi encuentro.

—Lo han envenenado —dijo.

El doctor Montes de rodillas junto al cuerpo yacente de Cornejo, manoteaba su chaleco en busca del reloj. Atwell y la dactilógrafa miraban.

—Que me traigan la valija —balbuceó mi colega, con voz alcohólica.

—Se la traigo en seguida —respondió Manning; y desapareció diligentemente.

Sólo en ese momento recordé que Manning, de acuerdo con la información del comisario, estaba incomunicado.

El estado de Cornejo no era grave. Acerca del atentado, llegué a estas conclusiones: 1º, la droga empleada no era la misma del caso anterior; 2º, había un error en la dosis. Esto podía sugerir un nuevo delincuente, o que el delincuente no conociera las propiedades de la nueva droga.

Manning no volvía.

Examiné mentalmente las personas del hotel y me pregunté a quién sería más verosímil atribuir ese error. Encontré demasiados candidatos. Pensar en alguno de ellos me estremeció.

—¿Por qué tardará tanto Manning? —exclamó Atwell, con impaciencia—. Voy a buscar la valija.

La grave y atónita mirada de Aubry lo siguió hasta la puerta.

—A este paso nos quedamos solos —comentó el borracho.

Aubry no contestó. En ese momento yo empecé a dudar de su eficacia.

Atwell volvió con la valija. Explicó:

—Estaba sobre la cama de Montes. No comprendo cómo el doctor Manning no la encontró.

—Tal vez lo difícil ahora sea encontrar a Manning —replicó Montes.

Los dioses, que no ignoran el porvenir, suelen hablar por boca del niño y del orate. Comprendo que favorezcan también la del alcoholista.

Mi colega abrió la valija, y mientras buscaba la cafeína descubrió que le faltaba un tubo de veronal.

Confieso que por un instante miré con desconfianza al doctor Montes y que me pregunté si en su borrachera no había una parte de simulación. Pero ahora debo hacer una declaración increíble: Cuando me encaré con los entrecerrados ojos de Montes, sorprendí en ellos un recelo burlón.

No me detuve en pequeñeces. Pensé de nuevo en el caso de Cornejo. El veronal es el arma falaz de quienes sueñan la moderada locura del amor y no quieren desperdiciar los frutos de una muerte trágica.

Y ahora surgía, como una azorada conjetura, una mano prudente, no errónea, dosificando el hipnótico. La mano de Cornejo.

La historia señala personalidades que han crecido por las deficiencias de los demás. Yo tuve Ja impresión de que todas las pasadas deficiencias de Aubry agigantaban a Atwell. ¿Puedo decir, como símbolo de mis sentimientos, que miré la negra esfera de mi reloj antimagnético, y que puntalicé la hora precisa de la entrada en escena del gran detective? Añadiré solamente que esto me recuerda la afirmación de Parolles, de que pocas veces el mérito se atribuye a quien corresponde. ¿«No es monstruoso», como se pregunta Hamlet en el monólogo?

Atwell ordenó:

—Tenemos que salir en busca de Miguel y de Manning. Uno de los dos lleva las joyas. No hay que darle tiempo para que las esconda para siempre.

El comisario lo miró con interés.

—En este vendaval de arena no se ve a dos metros de distancia —comentó—. No podremos hacer nada.

—Hasta ahora no se ha hecho nada —contestó Atwell—. Y permítame que le diga que su «rigurosa» incomunicación de los sospechosos no ha dado resultado. Le propongo una medida elemental: ordene a un agente que los encierre a todos en un cuarto. —Atwell se dirigió a mí—: Doctor Huberman, ¿usted considera que el estado del doctor Cornejo requiere sus cuidados?

No sabía qué contestar. Opté por la verdad.

—Creo que no —dije.

—Formaremos, entonces, dos comisiones —ordenó Atwell—. Hay que llevar armas por si los prófugos se resisten. El comisario Aubry, con un agente, avanzará hacia el noroeste y después doblará en abanico hacia el sur. El doctor Huberman y yo tomaremos primero la dirección del sudeste; después doblaremos hacia el oeste. Son ahora las diez y veinte. Tratemos de estar de vuelta en el hotel antes de las cinco de la tarde. Los que tengan anteojos, que los lleven.

El mismo comisario debió de sentir la inapelable superioridad de Atwell. El plan fue aceptado sin protesta.

Bajé a mi cuarto. Me puse la boina, las antiparras, la bufanda que me tejió la tía Carlota, el sacón de guardia marina. Recordé nuestro vivaque en Martínez, los años de *boy-scout*; abultaba uno de mis bolsillos la cantimplora; el otro, un paquete de galletitas.

XXVIII

Penetramos en una turbia claridad, que parecía desprovista de fondo y de cielo, entre ráfagas y espirales de arena, en un mundo vacío y abstracto, donde los objetos se habían disgregado, donde el aire era casi macizo, áspero, ardiente, doloroso. Caminé agachado, como si buscara un invisible túnel para vadear el vendaval, a tientas, con los ojos entrecerrados, tratando de no alejarme de mi compañero.

Pensé —¡ ay, demasiado tarde! — que hubiera sido prudente cruzar unidos, por una cuerda, como los alpinistas, esa movediza y levantada profundidad de arenas.

Mediante una rápida síntesis entreví —cualquier razonamiento era, entonces, impracticable— que me encontraba en un medio desconocido y adverso, ante problemas y peligros no previstos en mi educación, y que yo podía, sin claudicación alguna, abandonarme ciegamente a la iniciativa de mi compañero. Mi atareada preocupación era seguirlo; no me preguntaba hacia dónde. Me apliqué a vencer las resistencias inmediatas, olvidando toda noción de término o propósito. Mi destino, según lo concebía yo en ese momento, era caminar por un mundo indeterminado. Ni siquiera temí que pudiéramos perdernos; temí perderme de Atwell.

—Espere. Vuelvo en seguida —me gritó Atwell.

Me erguí. Yo estaba junto a un bloque de muro blanco. Atwell había desaparecido.

Lo parcial de mi visión y una perplejidad en la que influían recuerdos de *L'Atlantidey* recuerdos de haber soñado experiencias análogas levantaban con esos planos blancos una arquitectura desmesurada y laberíntica. Miré

con más detenimiento. Había unos escalones de cemento, una puerta verde. Reconocí al Hotel Nuevo Ostende.

¿Por qué Atwell no había querido que lo acompañara? Pedirme que lo esperara adentro no hubiera sido un exceso descortesía. Tuve un impulso incontenible: subir, de dos en dos, los escalones; golpear la puerta. No me moví. Yo había asumido la peligrosa actitud de quien abjura de sus responsabilidades, de quién se entrega a una voluntad ajena. No me atreví a desobedecer las órdenes de Atwell.

Hasta entonces había sentido sensaciones periféricas: la arena contra la piel, la ropa urgida por el viento. Ahora, desde el centro de mi pecho, se irradiaba el ávido fuego de la humillación y del rencor.

Seguí esperando. Por fin Atwell regresó.

—¿Por qué me dejó afuera? —pregunté ásperamente.

—¿Qué dice?

Como ya nada me eximiría de la contrariedad sufrida, repetir la pregunta me exasperó.

—Busqué el revólver —respondió Atwell.

Ésta no era la explicación que yo pedía. ¿El viento lo obligaba a contestarme así? ¿O alguna secreta preocupación...?

Ya habría andado unos cincuenta metros a la zaga de Atwell, cuando comprendí el alcance de sus palabras. La posibilidad —la única posibilidad que entonces imaginé— de complicarnos en un tiroteo con Manning no me agradaba.

Seguimos arrastrándonos por el arenal, luchando contra el viento, hasta que llegamos a una zona donde había oscuras matas de esparto, donde la consistencia del suelo había cambiado era más terrosa, más barrosa, donde el huracán era menos turbio, menos áspero. Nos detuvimos. Llegaban ráfagas de dos olores: uno, inmediato, de humedad, de barro otro, más aéreo, que parecía provenir de una gigantesca putrefacción. Atwell adelantó un pie, tanteando la firmeza del Suelo.

—Hay que bordear el esparto —me dijo.

Avanzó cautelosamente. Lo seguí. Recordé la historia del caballo del boticario, que Esteban nos había relatado.

No pensé que pudiera perderme de Atwell, ni que Manning, desconocido y criminal, pudiera surgir de atrás de una mata. Hundirme en el barro era el peligro que me obsesionaba. Seguimos caminando. En ningún momento me pregunté en qué dirección avanzábamos, hacia dónde quedaba el hotel; todo esto incumbía a mi compañero.

Tuve la impresión de ver una araña en el barro. Después, otras; después, multitudes. Eran cangrejos. Pensé que si me caía, me echaría boca abajo, en posición de nadar. Pero tendría la cara hundida en él barro y los cangrejos se moverían a la altura de mis ojos. Tal vez conviniera echarme de espaldas. Entonces imaginé el pavor de saberme asediado por tímidas, obstinadas, repetidas patas de invisibles crustáceos.

Rodeamos unas últimas matas de esparto; oímos, confundido con el grito del viento, un mar furioso y lejano, y se abrió ante nosotros la más horrenda y la más desesperada visión: una playa estremecida de cangrejos, negra, viscosa, interminable. «Lo malo de ver un espectáculo como éste», pensé, «es que después uno ha de encontrarlo en su infierno».

Traté de adivinar el mar en el horizonte. Vi un promontorio en el cangrejal, algo que me pareció un bote arrastrado por la corriente.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una ballena —gritó.

Sentí el olor a putrefacción. Imaginé el enorme Cadáver del cetáceo, recorrido y devorado por los cangrejos.

—Volvamos. Hay que seguir la busca.

Nos internamos en el oscuro laberinto de matas. Atwell caminaba con demasiada celeridad. Dos o tres veces tuve que pedirle que me esperara. Yo me detenía continuamente, para tantear el terreno. No quería morirme en esa desolación.

Con sofocada alegría vi que Atwell me esperaba. Llegué hasta él.

—¿Ha oído? —preguntó.

Algo, en el timbre de su voz, me sobresaltó.

—No he oído nada —contesté sinceramente.

—Ha de andar por aquí. —Sacó de su bolsillo un revólver negro—. Vamos.

—Lo espero —dije.

No podía seguirlo. Un misterioso entumecimiento invadía mis brazos y mis piernas. Atwell rodeó una mata y desapareció. Quise gritar. Pensé que mi grito pondría en guardia a Manning. ¿O, simplemente, me encontré sin voz? Después grité. Inmediatamente supe que no me contestarían. No me contestaron. Corrí sin recordar el blando peligro que bordeaba. Rodeé esa mata de esparto. Alcancé el lugar donde debía encontrarse Atwell. No estaba.

Había una extraña calma. Yo no sabía cuándo había empezado. Me pregunté si sería el fin de la tormenta o una simple tregua. La luz era verdosa y por momentos lila. No correspondía a ninguna hora.

Grité de nuevo. Nadie contestó. Traté de volver sobre mis pasos, de regresar al lugar donde Atwell me dejó. No estaba seguro que el lugar fuera el mismo. Todas las matas eran iguales. Me senté en el suelo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la desaparición de Atwell era demasiado repentina. Me pregunté si se había escondido:

Entonces me planteé una pregunta más importante. ¿Porqué yo, que he adoptado como regla fundamental de mi conducta no exponerme jamás, que no he firmado ningún manifiesto contra ningún gobierno, que he preferido la simulación del orden al orden mismo, si para imponerlo había que recurrir a la violencia, qué he tolerado que pisotearan mis ideales, para no defenderlos; por qué yo, que sólo aspiro a ser un ciudadano particular y que en las riquezas y venganzas de mi intimidad encuentro la «escondida senda» y el refugio contra los peligros externos y propios; por qué yo —volví a exclamar— me había complicado en esta mentira descabellada y había cumplido las órdenes insensatas de Atwell? Para sobornar al destino, juré que si regresaba con vida al hotel aprovecharía la lección y ya nunca permitiría que la vanidad, el servilismo o el orgullo me impulsaran a obrar impremeditadamente.

Si quería que Atwell me encontrara, no debía moverme. Pero ¿era deseable que Atwell me encontrara? ¿Por qué había desaparecido? ¿Por qué se había ocultado? Esa mata de esparto era, tal vez, la que yo había querido encontrar; ése era el sitio fijado; el sitio donde mis enemigos sabían que me encontrarían; donde, sin riesgos, podrían matarme.

Quise huir. Me detuve. Todo movimiento era peligroso. Por ahora no estaba muy lejos de la arena del hotel. Pasando de una mata a otra podía alejarme irremisiblemente por ese pavoroso dédalo de vegetales y barro.

Dominando el miedo, encaré la posibilidad de pasar la noche en el cangrejal. Pensé en los animales que lo merodeaban; gatos, ágiles y perversos, piaras de cerdos salvajes, y —cuando cesara el viento— aves de rapiña que me picotearían confundiéndome con una carroña. Imaginé mi cuerpo yaciendo en el barro, en el Sueño, en una noche sin luna. Ese barro era un móvil tejido de patas de cangrejos.

Debía cuidarme de las caprichosas combinaciones de la imaginación. Debía esperar, tranquilo. Pero ¿cuánto tiempo había ya esperado? Sentí demasiada impaciencia para mirar el reloj. Caminé hacia un rumbo cualquiera, sin cuidarme casi de bordear las matas, agachándome porque el vendaval arreciaba. De pronto me pareció sentir nuevamente la arena en el rostro. Eché a correr, perdí pie, caí en el barro. Cuando me levanté, mojado y trémulo, el viento que me azotaba la cara no traía arena.

Sentí que estaba a punto de perder el dominio sobre mis nervios. Soy médico. No ignoro los síntomas. Apelé al termos-cantimplora, a la caña cortada.

En el próximo recuerdo que guardo de esa tarde atroz, yo caminaba sin saber adonde, cansado, cayéndome continuamente, acostumbrado ya al roce de los cangrejos guiado por un mínimo de conciencia. Creí ver en la lejanía, por una abertura entre las matas de esparto, el extenso arenal. Cuando, por fin, llegué a la última mata, me encontré en la playa de los cangrejos, con el rumor del mar en el horizonte y el cadáver de la ballena. Estaba en el lugar de donde habíamos partido con Atwell. Yo había seguido el círculo fatal que los hombres desorientados trazamos hacia la izquierda y los animales hacia la derecha (o viceversa, no recuerdo).

Creo que lloré. Creo que hubo una suspensión de mi conciencia, como si más allá de la desesperación hubiera encontrado el sueño o el anonadamiento. Después sentí un calor tenue. Abrí los ojos. Me pareció que mi mano irradiaba una aureola purpúrea. Mire el cielo. Mis ojos indiferentes contemplaron un sol disminuido y remoto.

Tumultuosamente consulté el reloj. Eran las cuatro y treinta y cinco de la tarde. Miré el sol, miré el mar. Con renovada esperanza me dirigí hacia el norte.

XXIX

Exhausto, lastimado, cubierto de barro seco y de arena, con los ojos ardientes y la cabeza pletórica y dolorida, llegué al hotel. Me había sobrepuesto a los rigores del camino, alentado por un solo propósito: no toleraría que nada ni nadie pospusiera mi baño caliente, la friega de *Hamamelis virginica*, la bandeja con el fricandó con huevos, las ensaladas y las frutas y el agua Palau, que Andrea me llevaría a la cama.

¡Con qué ansias había anhelado el momento de encontrarme de nuevo junto a la puerta del hotel! Para entrar no tuve que golpearla. Se abrió mágicamente, aunque ahí estaban el comisario, con la mano en el picaporte, y Montes, hospitalario y alcoholizado. ¡Con qué irrefutable y tranquila convicción aquel interior y aquellos objetos participaban de una dé las dos magias de que no habla el poeta: la magia de lo doméstico, de lo habitual! Yo llegaba a ese hotel como el náufrago al navío que lo recoge, o, mejor aún, como Ulises «a su isla querida, a sus lares de Ítaca».

—Ya creíamos que se había fugado —declaró Montes.

De nuevo el arenal, los cangrejos, el barro: ahora en el alma del prójimo. «No es tan inclemente el viento del invierno como el corazón de tu hermano».

—¿Atwell no vino con usted? —interrogó Aubry.

—No —dije—. Nos perdimos. ¿Y el chico?

No lo habían encontrado. Pregunté por Manning.

—Aquí estoy —respondió el aludido.

Agitó la pipa en un saludo y sonrió, benévolo, entre una lluvia de cenizas.

Me apresuré a contestar:

—Nunca desconfié de usted.

Estas palabras, brillantes y oportunas en mi diálogo con Montes, resultaron inesperadas para Manning. Con escaso disimulo, este último arqueó las cejas y me miró sin alegría.

—Va a pasar la tormenta —declaró el médico acercándose a la ventana—. Veo una gaviota.

Manning intervino:

—¿Qué planes tiene?

Creí que se dirigía a mí. Estaba dispuesto a declarar: «un baño, una friega», etc., cuando el comisario respondió:

—Recuperar las joyas.

Mientras los otros discutían —traficaban con su perplejidad, con su ignorancia, con su penuria—, yo recibía la inspiración. Se me presentó un dilema: los placeres o el deber. No vacilé.

—Yo sé dónde están las joyas —dije, marcando las sílabas—. Yo sé quién es el criminal.

El efecto de esa declaración excedió mi expectativa más optimista. El comisario perdió el aplomo, Manning la impassibilidad. Montes la borrachera. Los tres miraban mi boca como si esperaran que allí se articulase el fallo de Dios.

—El criminal es el chico —anuncié finalmente—. Sentía una pasión malsana por Mary, y despecho, y miedo de que lo delataran...

—¿Tiene pruebas? —preguntó el comisario.

—Sé dónde están las joyas —repliqué triunfalmente—. Síganme.

Caminé con mucha resolución, con alguna pomposidad. Ora precedidos, ora seguidos por nuestra sombra, bajamos la escalera. Nos internamos, por el oscuro corredor. Llegamos al cuarto de baúles.

—Un fósforo —reclamé.

Encendimos la vela. Adelanté un índice resuelto.

—Ahí están las joyas.

El comisario levantó el pájaro.

—Demasiado liviano —sentenció, moviendo la cabeza—. Paja y pluma.

Antes de que yo pudiera reponerme, un irrefutable puñalcito abrió el pecho del pájaro. El comisario tenía razón.

Con ecuanimidad, registraré siempre mis derrotas y mis victorias. Que nadie afirme que soy un cronista infiel.

Mi error —si a esto puede llamarse error— no me afrenta. Un ignorante no lo hubiera cometido. Soy un literato, un lector, y, como tantas veces los hombres de mi clase, he confundido la realidad con un libro. Si un libro nos habla de un pájaro embalsamado y, luego, de la desaparición de unas joyas, ¿a qué otro escondite puede recurrir el autor sin cubrirse de ridículo?

XXX

No creo que mi intervención pueda calificarse de fracaso; yo no sentí ni fastidio, ni vergüenza, ni rencor. Sentí, exclusivamente, una imperiosa necesidad de cepillarme el barro, de Sumergirme en agua caliente, de alimentarme con ensaladas y frutas, entre un mullido colchón, almohadas de cerda y sábanas limpias. Dije astutamente: «Señores, pasemos al comedor». Con este simulacro de invitación los encaminé hacia el *habitat* de Andrea. Mi velado propósito era ordenar a mi prima que me preparara la cena.

Cuando mis compañeros se sentaron en torno de la angosta mesa del comedor, Aubry nos miró sombríamente y declaró:

—Me complace vernos reunidos en la sección vermut.

Por mi parte, tuve una imperdonable debilidad: me senté. Creí que después de esa frase no podía retirarme. (Pensaba: «Me levantaré dentro de pocos minutos»). En seguida llegó la dactilógrafa con las botellas y las copas, y Manning empezó a hablar.

Hay gente inmune a la experiencia ajena. Manning era una de ellas. Con irritación le oí afirmar que él sabía la verdad sobre la muerte de Mary.

Sin embargo, debo reconocer que su explicación no empezó, como podía esperarse, con alusiones más o menos satíricas a un compañero de armas a quien la imaginación literaria había, parcialmente, extraviado... ¿Urbanidad o prudencia?

—Ya les expliqué a estos señores —comenzó Manning, señalando al comisario y a Montes— que fui al Hotel Ostende a buscar un libro. Aquí lo tienen.

Sacó del bolsillo un libro en cuya arlequinesca tapa se combinaban angulosamente el verde, el morado, el negro, el blanco. Nos lo pasamos por turno, en silencio, con incomprensión. Creo recordar que su autor era un inglés Phillipotts.

—Lean en la página veinte el párrafo marcado —prosiguió Manning.

El comisario se calzó los anteojos de montura de carey, y siguiendo un dedo más rápido que su vista, leyó en voz alta y vacilante la carta de Mary, su interrumpido adiós. Pero ahora se trataba de una larga carta, con detalles que no se avenían a Mary, Atwell y Emilia, que terminaba en la página veintiuna con las palabras «su agradecido amigo» y que firmaba un tal Ben.

—¿Qué significa esto? —preguntó Aubry.

—Significa —respondió Manning— que el inspector Atwell se llevó a su casa una de las novelas traducidas por la señorita Mary.

Guardó silencio, como esperando que sus palabras nos aniquilaran.

—Recapitulemos —dijo después—. En la víspera de la muerte ocurren dos incidentes que sin duda convencen al criminal de que ha llegado el momento de obrar. En la playa, Atwell se enoja porque Mary insiste en bañarse a pesar de que el mar está bravo. Para los investigadores esta disputa será un indicio de que Atwell no deseaba la muerte de Mary. Veamos ahora el salvamento. Emilia salva a Mary. Luego, Emilia no desea la muerte de Mary.

Otra deducción que espera el detective sagaz: Cornejo (que había dado a Mary su consentimiento para que se bañara) es un posible, aunque todavía inverosímil, sospechoso. Pero cabe objetar a toda esta argumentación que no tenemos prueba alguna de que Mary estuviera en peligro. Ella misma lo ha negado. Cornejo, que es una autoridad en vientos y mareas, juzgó que no era peligroso bañarse. Se insinúa aquí la posibilidad de que Emilia y Atwell fueran cómplices. Yo, sin embargo, no creo que Emilia tenga participación en el crimen. En este episodio marítimo ella fue, quizá, un involuntario instrumento de Atwell. Los movimientos de una persona que se debate entre las olas para no morir ahogada suelen parecer, aun a quienes la miran de cerca, juegos y manifestaciones, de alegría; 16 inverso también es verdad. Atwell había creado un estado de aprensión general respecto al baño de Mary. Después, cuando grita «no puede volver» (la muchacha

nadaba mar afuera), nadie duda. Una nostalgia por lo melodramático, que la vida más aventurada no satisface, y un anhelo de cooperación, que proclama a través de enemistades y diferencias, la secreta hermandad de los hombres, nos impiden rechazar fácilmente el anuncio de que un prójimo se encuentra en peligro. El mismo doctor Huberman, a quien no parece imprudente excluir de la lista de los sospechosos y considerar como testigo desinteresado, creyó que Mary se ahogaba.

—Y pensar que nosotros creíamos que Manning era el futuro campeón de solitarios... —suspiró el doctor Montes.

—Examinemos ahora —prosiguió Manning— la disputa de sobremesa, que terminó con la salida nocturna de Emilia. Atwell se muestra conciliador y ecuánime; Emilia, ofendida por Mary. Normalmente estos indicios servirían para que los investigadores vieran corroborado su juicio favorable a Atwell y sospechasen, en algún momento, de la muchacha.

Aubry lo miró con asombro y se echó a la boca dos trozos de queso, tres aceitunas y una copa de Vermut. Manning continuó:

—Llegamos a la muerte de la señorita Mary. El señor comisario ha señalado que *si* bien al inspector no le faltaron motivos —tiene los mismos que la señorita Emilia— le faltó la ocasión. La muerte ocurrió a la madrugada, en horas en que Atwell no estaba en esta casa: estaba durmiendo en su cuarto del Hotel Nuevo Ostende. Me atrevo a afirmar que este argumento se recomienda más por su brillo que por su consistencia. Si el crimen hubiera sido cometido con un arma de fuego, el comisario tendría razón; pero se ha empleado un veneno. Cuando bajó con el doctor Cornejo a buscar a la señorita Emilia, Atwell pudo colocar el veneno en la taza de chocolate que estaba sobre la mesa de luz.

—Ya le decía, comisario —interrumpió Montes—. A usted le gustaba tanto distinguir los motivos y las ocasiones, que se olvidó del caso que tenía entre manos.

Fui terminante:

—Las distinciones del comisario quedan incólumes —declaré.

—Cuando Atwell —continuó Manning— descubrió esa página de la traducción (probablemente un borrador) del libro de Phillpotts, comprendió que disponía de la «prueba» que le permitiría matar con impunidad.

Después, en la noche del crimen, dejó la página en la mesa, junto al manuscrito de la nueva traducción de Mary; esa misma noche, o a la mañana siguiente, sacó el libro de la biblioteca, para que nadie pudiera comprobar que el mensaje de Mary era, simplemente, un párrafo de una novela. Yo descúbrela hoja sobre la mesa; sin duda Atwell logró que el descubrimiento fuera inevitable. Confieso que mientras leía con una comprensión aún imperfecta esas líneas manuscritas, mi emoción era profunda. Creía entrever el brillo pudoroso de la verdad; entreveía, tal vez, mi triunfo en la pesquisa. Hablé con Atwell. No pareció entusiasmado con mi teoría: para entusiasmarlo me entusiasmé. Dijo que no quería intervenir personalmente en el asunto, pero que trataría de ayudarme. Me trajo una novela inglesa que la muchacha en esos días estaba traduciendo: la leí; entre los dos leímos las novelas ya traducidas. Atwell había orientado mi pensamiento y yo pensé y obré de acuerdo a sus previsiones. Sin embargo, por no sé que ingenuidad de su egoísmo, cometió un error: creyó que mi pensamiento se detendría cuando alcanzara una determinada (y para él favorable) interpretación del problema. No se detuvo.

Recordé la araña que Manning había puesto en la ventana y la tela que en tres días había elaborado. Manning prosiguió:

—Creo entender el plan de Atwell: algunos indicios, no muchos, sugerirían la culpabilidad de Emilia; cuando la policía, en su afán de conseguir un culpable, se diera por satisfecha con esas presunciones y se dispusiese a detener a la muchacha, él, indirectamente, haría aparecer las «pruebas» del suicidio. Confiaba que los investigadores verían esta solución como definitiva. En efecto, llegarían a ella laboriosamente, luego de aceptar con avidez y de abandonar con desgano otra hipótesis. Pero no había contado con el método sagaz del comisario Aubry: fabricar las pruebas mediante un severo interrogatorio. Esto y la firme resolución que tenía el comisario de culpar a Emilia malograron esos reflexivos y ambiciosos proyectos. El hombre no era muy escrupuloso: para salir de una situación incómoda —tenía amores con la hermana de su novia— había recurrido al asesinato; pero ahora no podía consentir que por su culpa torturaran, y tal vez condenaran, a Emilia. Desde ese momento obró nerviosamente, al azar de las circunstancias. Pongo como ejemplo el robo

de las joyas. No hubo tal robo. Fue un simulacro de Atwell para sugerir otro culpable. (Emilia no necesitaba robar esas joyas; las heredaría). Atwell Corrió el riesgo de que se admitiera la hipótesis de dos delincuentes: un asesino y un ladrón. Pero somos pocas las personas aquí reunidas, y la idea de que haya un delincuente entre nosotros es bastante asombrosa; si alguien nos probara que hay dos, no lo creeríamos. Cuando Cornejo descubrió al niño con la muerta, Atwell aprovechó la oportunidad. Pensó, tal vez, que el alma de ese niño era monstruosa y que impunemente podía atribuirle una monstruosidad adicional. Lo comprendo: pero no lo perdono. Por eso yo, que no pertenezco a la policía, doy estas explicaciones que pueden perjudicarlo. Tal vez yo parezca un intruso y un ensañado, pero no hay que olvidar que Atwell especuló con la sensibilidad patológica del niño, con su tendencia a la fuga, con sus pasiones y sus terrores. Tal vez lo mejor que pueda decirse en favor de Atwell es que, en la desesperación por salvar a la mujer amada, obró precipitadamente. Esto explica también el atentado contra Cornejo. La dactilógrafa había entrado en el cuarto de Mary después de la escena del beso y antes de que Atwell sustrajera las joyas y podría declarar que Miguel no las había robado. Cuando el comisario se disponía a tomar declaraciones al doctor Cornejo y a la dactilógrafa, Atwell atentó contra el primero. Con esto se proponía que nuestra atención se distrajera de la dactilógrafa y que pensáramos que el doctor Cornejo era el testigo importante. Al juzgar este acto no seamos demasiado severos con Atwell. Su intención fue adormecer, no matar, a Cornejo. En cuanto a la esquila de este último a Mary, no hay mucho que decir. Atwell la descubrió, la guardó previsoramente (por eso la policía no la encontró en el primer registro), y cuando quiso fomentar la confusión y crear falsas pistas, la puso de nuevo en el cuarto de Mary. Pero sigamos con el relato. Cuando Atwell comprendió que yo había aprovechado un pretexto para salir del hotel, adivinó la verdad. Organizó inmediatamente las comisiones de rescate y, en compañía del doctor Huberman, se encaminó al Nuevo Ostende. Allí comprobó que faltaba el libro de Phillpotts, el libro que permitiría probar que el mensaje de Mary era, simplemente, un párrafo de una traducción. Quizá aprovechó el viaje para llevar las joyas. Quizá nos cruzamos en el

arenal. Me salvó la tormenta. Opino que si me sorprende, me acusa del asesinato de su amiga, después de matarme.

El doctor Montes preguntó:

—¿Qué razón habrá tenido Atwell para matar a Mary?

El comisario Aubry lo miró con los ojos muy abiertos.

—Las razones para el homicidio nunca faltan —respondió—. El doctor Huberman, aquí presente, delineó en su declaración un sugestivo retrato de la señorita Mary. No es la primera vez que un hombre está enamorado de una mujer y dominado por otra.

Como si Manning tuviera entre sus manos el invisible Libro del Destino, le pregunté dónde estaba Atwell. Contestó con indiferencia:

—Huyendo, o suicidándose, entre los cangrejales.

XXXI

Muscarius —nuestra desgredada y obesa dactilógrafa— entró en el cuarto, supeditada al vuelo audible de un moscardón. Articuló maquinalmente:

—La Bruna, el dueño del otro hotel, quiere hablar con el señor comisario.

Antes de que se retirara, el comisario pudo ordenarle que hiciera pasar al señor La Bruna.

Éste era un hombre parecido a Wagner, pero algo más joven. Usaba un saco de pijama y unos holgados pantalones de color café con leche. Entregó un paquete a Aubry. Dijo:

—Hoy, a mediodía, el inspector Atwell me pidió que le entregara esto. Disculpe que no se lo haya traído antes. Había tanto viento, que era imposible salir.

—¿Dónde está el inspector? —preguntó Aubry.

—Lo ignoro —replicó La Bruna—. Me entregó esto y se fue. Le dije que no saliera con el temporal, pero vi en sus ojos que era prudente que me callase.

Aubry se retiró con el paquete. No sabíamos de qué hablar. Ensayé un comentario meteorológico. La Bruna vaticinó que esa misma noche el tiempo se compondría. Nos despedimos.

Entró el comisario. Nos miró sucesivamente, con ojos melancólicos y escrutadores, como si esperara descubrir un secreto. Preguntó:

—¿Saben lo que me envió Atwell?

—Las joyas —replicó Manning.

Había acertado. Creí oportuno decir:

—Atwell no las mandó. No son joyas reales. El señor La Bruna no es el señor La Bruna. Se trata, simplemente, de un argumento efectista de Manning, para convencernos.

Bajo la mirada severa del comisario, Manning se ruborizó. Yo pensaba que esas piedras y esos metales eran más elocuentes que cualquier mensaje escrito. Montes preguntó al comisario:

—¿Qué va a hacer ahora?

—Entregar las joyas a la señorita Emilia. Entregárselas personalmente.

Por mi parte, trataría de no perder la entrevista.

—Voy a bañarme y a mudarme —dije.

¡Con qué impaciencia yo esperaba el baño, ese paraíso por inmersión! Sin embargo, al pronunciar esas palabras, ya lo había postergado.

XXXII

Me acomodé en mi puesto de observación, en la penumbra del corredor, frente al cuarto de Mary.

Me arrepentí de mi audacia. ¿Qué fatalidad me impelía a complicarme en este asunto? ¿Por qué me exponía en esta última etapa, cuando ya me veía milagrosamente libre de molestias y compromisos? ¿Por qué permitía que una curiosidad malsana me apañara de Petronio, de la literatura, del celuloide? Hallé la respuesta. Soy un infatigable observador del género humano, y en el afán de investigar idiosincrasias, reacciones y caracteres, estoy dispuesto a sobrellevar incomodidades y a arrostrar peligros.

Silenciosamente, el comisario Aubry apareció en el vano de la escalera y caminó hacia mi escondite. Llevaba en la mano derecha el paquete de joyas. Se detuvo. Con adelantar la mano me hubiera tocado. Golpeó a la puerta. Emilia abrió. Yo veía al comisario de espaldas; a Emilia de frente.

—Aquí le traigo las joyas —dijo el comisario; y le entregó el paquete.

Una modesta alegría se insinuó en los ojos de Emilia. El comisario prosiguió:

—Se las manda su novio.

—¿Las encontró él?

—No las encontró. Las devuelve.

Emilia lo miró sin comprender.

—El envío equivale a una confesión —aclaró, brutalmente, el comisario—. Atwell mató a la señorita Mary. Ahora mis hombres lo buscan por los cangrejales. Espero que lo encuentren con vida.

—¡Me engaña! —gritó Emilia; y sentí que me dominaba la histeria—. Ya está muerto. Lo ha hecho para salvarme. Le pido que me crea: para

salvarme. Yo soy la culpable de todo.

Después hubo una escena confusa en que el comisario trataba de calmar a Emilia; después, una larga conversación en tono persuasivo; después, una despedida casi amistosa. El comisario salió al corredor, cerró la puerta y se alejó con paso firme.

Yo seguía inmóvil, contraído. ¿Cuánto tiempo transcurrió? Quizá diez minutos. Quizá media hora. En la habitación de la muerta cayó algo, pesadamente. Mi mano, blanca y temblorosa, empuñó el picaporte. Antes de abrir, yo sabía lo que encontraría. El cuerpo de Emilia yacía en el suelo. Sobre la mesa había un frasco. En el rótulo leí la palabra *Estricnina*.

XXXIII

Saludamos el alba después de una noche de trabajo y de zozobra, reunidos en el comedor, fumando, bebiendo café, escuchando la tosca disertación del comisario.

—Atwell ha ejecutado todos los actos que Manning le atribuye —resumió finalmente Aubry—, salvo, uno: matar a la señorita Mary. Desde el primer momento comprendió que Emilia era la culpable. Para salvarla fue astuto, fue torpe, fue inescrupuloso, fue heroico. No vaciló en difamar a un niño. No vaciló (cuando todo parecía perdido y él quiso convencernos de su propia culpabilidad) en suicidarse. Pero ahora no cabe la duda, Emilia ha cometido el crimen. Atentó contra su vida con el veneno que hemos buscado por todos los rincones de la casa, con el veneno que produjo la muerte de la señorita Mary.

Sobre la mesa estaba la valija de Mary, la misma valija que Atwell registraba la tarde que lo espíe desde la penumbra del corredor. El comisario la abrió y a cada uno de nosotros entregó un alto de páginas manuscritas. Hojeé las que me dieron (las sustraje hábilmente y ahora las guardo como recuerdo); algunas, de numeración corrida, contienen capítulos de novelas; otras, párrafos, o simples frases (a veces repetidas, con variantes y correcciones). Por ejemplo, en una página leí: *Me saqué las medias*, y, un poco más abajo, la versión enmendada: *Me saqué los calcetines*. Otra rezaba: *Pero a los cuatro días que allí llegué, llegó un hombre*, y, más abajo: *vino un hombre* (que es una prueba de la finura del oído y de la riqueza del vocabulario de Mary). Aubry nos dijo:

—Una de estas hojas era «el mensaje» de la difunta. El inspector, que la conocía bastante, sabía que la señorita guardaba todas las copias de las

traducciones. Cuando comprendió que su novia estaba en una situación comprometida, recordó esa manía de la difunta, recordó la carta de la novela del inglés Phillpotts y buscó los borradores en la valija. Tuvo suerte: es justo que la tuviera, porque el inspector es un hombre despierto.

Poco después entró en el comedor uno de los gendarmes de Aubry. Estaba ojeroso y cubierto de barro. La noche anterior había salido en compañía del otro gendarme y del *chauffeur*, para quien el cangrejal no tenía secretos, en busca del inspector. Lo encontraron dormido junto a una mata de esparto. El inspector había contado con pocas horas de libertad. En ese plazo era más fácil perderse, cansarse, dormirse, en el cangrejal, que atravesarlo o morir en él. Ahora Atwell nos esperaba en el escritorio. No deseé verlo, pero me alegré de que estuviera con vida. Muy pronto yo daría mi autorización para que viera a su novia, que ya estaba fuera de peligro. La presencia de un médico en aquel corredor, junto a aquella puerta, fue providencial. Unos minutos más y una vida para quien florecían todas las esperanzas quedaba tronchada. La tragedia había paralizado mi cerebro; pero las manos, las dóciles manos profesionales, habían administrado heméticos y revulsivos.

Respiré profundamente y sentí que un trémulo orgullo y que una pudorosa alegría dilataban mi tórax. Me prometí, resuelto, el baño de inmersión, la ropa limpia, el desayuno. Con el espíritu alerta miré la mañana; no la miré con el contrito cansancio que es el resultado fatal de una noche insomne, sino con la alegría y con la fe de un placentero despertar.

XXXIV

A la mañana siguiente arrimamos la mesa del comedor a una de las ventanas, y el comisario, Montes y yo tomamos el desayuno contemplando con ojos ávidos el arenal, los tamariscos, el Hotel Nuevo Ostende, la botica, el cielo, que volvían a formar, después de la interminable tormenta, un mundo ordenado, que brillaba serenamente a la luz del sol, como una flor enorme.

Yo tomaba el desayuno de mis períodos de intenso trabajo literario —té soló, huevos duros, tostadas y miel— cuando vi, en la mancha leonada del arenal, a un hombrecito de tricota azul y pantalón gris claro que avanzaba hacia nosotros.

Discutimos tanto sobre quién podría ser el hombrecito, quiénes veían más lejos, los hombres de montaña, de llanura o de mar, hasta qué distancia alcanzaba la vista humana, que nos sobresaltó la noticia de que alguien había llegado al hotel.

—Es el farmacéutico —explicó Esteban—. Quiere hablar con el señor comisario.

—Hágalo pasar —dijo este último, y se levantó.

El farmacéutico —de tricota azul y pantalón gris claro— entró en el comedor. Era un hombre impávido, con los ojos hinchados y el cutis liso; cuando hacía un movimiento suspiraba, como si lo preocupara el inevitable derroche de energías. Nos saludó con parsimonia y en un rincón sostuvo un penoso diálogo con Aubry. Luego sacó una carta del bolsillo. Aubry la leyó nerviosamente.

Los dos hombres se sentaron a nuestra mesa. Aubry ordenó a Esteban:

—Sírvale un café al señor Rocha. —Luego se dirigió a éste—: ¿Lo conocía de antes? El día que fue a verlo ¿su conducta le pareció normal?

—Normal, no. Pero, usted sabe, era muy raro.

—¿Loco?

—No diría tanto. Era inteligente, o, mejor dicho, estudioso.

—¿Por qué dice «era»? —preguntó Aubry—. No estoy seguro de que haya muerto.

—Yo tampoco estoy seguro. Sin embargo, me parece probable.

—¿Cuándo advirtió que le habían robado el veneno?

—A su agente le dije la verdad. Hace años que no vendo estriknina.

—Pero ¿cómo no comprobó si tenía él frasco?

Paulino Rocha dulcemente bajó los ojos.

—Lo comprobé al otro día. Usted sabe, la vida de campo...

—¿Por qué no se vino en el acto a darme la noticia?

—Soy delicado de la garganta, y con el ventarrón. Cuando llegó la carta me vine en seguida. Claro que ya había pasado la tormenta.

Este sistema de preguntas y respuestas, este catecismo enigmático, empezaba a exasperarme. La mala educación de Aubry y del boticario, que excitaban nuestra sincera curiosidad me dio coraje. Vacilé entre varias interpelaciones eficaces, que hubieran vencido la resistencia de Aubry y lo hubiesen obligado a mostrarnos la carta. Le pregunté:

—¿Por qué no nos muestra esa carta?

Por toda respuesta me la entregó. Leí las siguientes líneas, escritas a lápiz, con una letra impersonal y firme:

*Señor Paulino Rocha,
Farmacia Los Pinos,
Bosque del Mar.*

Querido amigo:

Le asombrará el motivo de esta carta, pero usted es mi único amigo y me he portado mal con usted.

Andrea y Esteban son mis tíos, pero no los quiero. Ni siquiera me dejan matar pájaros y otros animales. Usted sabe que tuve el

albatros escondido entre los baúles. Quisieron que me examinara el médico, pero lo asusté en seguida. Era más miedoso que las nutrias que embalsamábamos con papá.

¿Usted no conocía a las señoritas Gutiérrez? Yo las quería mucho, sobre todo a Mary. Ahora que se ha muerto no le guardo rencor. Yo la quería mucho, y cada vez que iba a darle un beso se enojaba, como si fuera algo malo. Si había gente, era muy buena, pero cuando estábamos solos no me quería hablar. Yo trataba de explicarle, pero ella se enojaba.

Si le cuento lo que hice después no va a perdonarme y quiero que seamos amigos para siempre. Cuando fui a la botica a buscar el arsénico para el albatros y para las algas, le robé un frasco de estricnina que estaba en el estante del centro, debajo del reloj.

La noche que todos salieron a buscar a la señorita Emilia, Mary se había enojado mucho conmigo. Yo me escondí en el pasillo y cuando Atwell iba a encontrarse con los demás, para salir en busca de Emilia, Mary le salió al paso, lo alejó de la luz de la escalera y lo besó de un modo que me puse a llorar. Oí que ella le decía riendo: «Mañana haceme asordar que te cuente lo que me pasó con el chico».

Yo pensé: «Voy a hacer una cosa terrible». Ahora comprendo que hice lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

Bajé a mi cuarto, busqué la estricnina, me fui al cuarto de Mary y eché la mitad del frasquito en la taza de chocolate frío que ella tomaba antes de dormirse. Revolví la cuchara para que el veneno se disolviera bien y cuando estaba secándola oí los pasos de Mary. Al escaparme se me cayó el frasco. No tuve tiempo de recogerlo. Me fui por el cuarto de Emilia.

Al día siguiente volví a buscar el frasco, pero no estaba. Yo quería tomar la estricnina, como la había tomado Mary.

Para evitarle disgustos a Emilia, le hubiera explicado todo al comisario, pero no puedo hablar porque soy un niño.

Usted sabe que hice mi casita en el barco abandonado que hay en la playa. Tengo allí muchas botellas de agua, bizcochos y una

bolsita de yerba. El mar está subiendo con la tormenta: Ahora me voy al barco a esperar que el agua se lo lleve. Cuando usted lea esta carta, las olas y el agua cubrirán a su fiel y pequeño amigo.

MIGUEL FERNANDEZ

P. S.: le ruego que mande el albatros a mis padres.

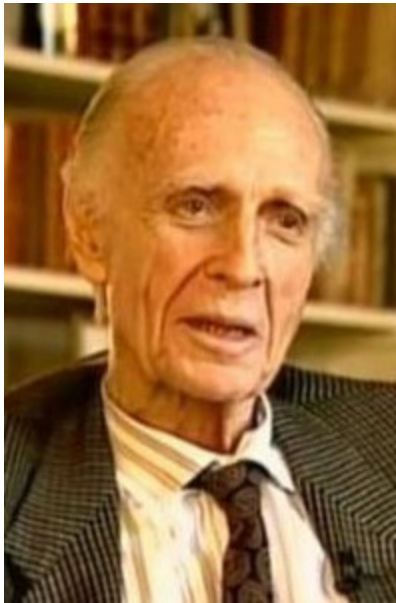
Devolví la carta al comisario. En silencio atravesé el comedor y me asomé a una ventana que daba hacia el mar. El barco de Miguel no estaba en la playa.

Emilia confirmó lo que había dicho Miguel sobre el frasco de estricnina. Ella lo encontró en la mañana de la muerte de Mary. Lo escondió, porque desde el primer momento creyó que su novio era el asesino. Por la misma razón hizo desaparecer la taza de chocolate.

Del *Joseph K* y de Miguel no se tuvieron noticias. El comisario Aubry consideró que la carta de Miguel era una prueba suficiente y ya no volvió a sospechar de Emilia.

En cuanto a mí, he redactado las páginas que se han leído, porque algunas amigas de mi madre —las únicas amigas que tengo— quisieron que mi actuación en la pesquisa quedara documentada. Protesté, dije que mi parte era mínima, que yo me había limitado a acertar... Pero ellas insistieron, y aquí me tienen, penitente y ruborizado, poniendo el *Finis coronat opus* a esta crónica de mis inesperadas aventuras policiales.

Sólo me falta agregar que Emilia y Atwell se han casado y que, según creo, son felices. En ocasiones me pregunto cómo será la intimidad de estos enamorados que tantas veces se miraron creyéndose criminales y que nunca dejaron de quererse.



ADOLFO BIOY CASARES. (Buenos Aires, 1914 - 1999) Escritor argentino, uno de los más destacados autores de la literatura fantástica universal. Miembro de una familia de hacendados bonaerenses, en 1929 escribió *Prólogo*, manuscrito que revisó y mandó a imprimir su padre. Su temprana vocación por las letras fue estimulada por su familia, y ya en 1933 publicó el volumen de cuentos *Diecisiete disparos contra lo porvenir*.

Pronto se vinculó culturalmente al círculo cosmopolita de la revista *Sur*; su amistad con Jorge Luis Borges sería decisiva en su carrera literaria. En 1932 conoció a Borges en casa de Victoria Ocampo, y también a su hermana Silvina Ocampo, quien se convirtió en su esposa en 1940. La estrecha amistad con Borges duró hasta la muerte de éste en 1986 y dio origen a una serie de obras escritas en colaboración y firmadas con los seudónimos de B. Suárez Lynch, H. Bustos Domecq, B. Lynch Davis y Gervasio Montenegro: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Dos fantasías memorables* (1946), *Un modelo para la muerte* (1946), *Crónicas de Bustos Domecq* (1967), *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* (1977) y también a dos guiones cinematográficos, *Los orilleros* y *El Paraíso de los creyentes* (ambos de 1955).

El mismo año de su boda publicó *La invención de Morel* (1940), su obra más famosa y un clásico de la literatura contemporánea. Narrada en primera persona y ambientada en una isla desierta, en la trama se entrecruzan el delirio, la pasión amorosa y la idea de inmortalidad.

En la fructífera década de 1940 publicó los volúmenes de relatos *La trama celeste* (1944), *El perjurio de la nieve* (1948) y *Las vísperas de Fausto* (1949), además de la novela *Plan de evasión* (1945). En colaboración con su mujer escribió la novela policíaca *Los que aman, odian* (1946); codirigió con J. L. Borges la prestigiosa colección del género *El Séptimo Círculo* y los tres compaginaron la *Antología de la literatura fantástica* (1940).

En el decenio de los cincuenta publicó los cuentos de *Historia prodigiosa* (1956) y *Guirnalda con amores* (1959). *El sueño de los héroes* (1954), quizás su mejor novela.

En esta obra la geografía del barrio porteño está inmersa en un clima alucinante que vuelve a encontrarse en *Diario de la guerra del cerdo* (1969), sobre la guerra de los jóvenes contra los viejos, y en *Dormir al sol* (1973), centrada en el informe que Lucio Bordenave escribe en un sanatorio frenopático en el que ha sido confinado. Humor, ironía y parodia aparecen en los cuentos de *El lado de la sombra* (1962), *El gran Serafín* (1967) y *El héroe de las mujeres* (1978). Por otra parte, *Breve diccionario del argentino exquisito* (1971) es una observación sobre el lenguaje.

Obras posteriores de Bioy Casares son las novelas *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1985) y los cuentos de *Historias desafortunadas* (1986) y *Una muñeca rusa* (1991). En la década de los noventa publicó la novela *Un campeón desparejo* (1993); los libros de recuerdos *Memorias. Infancia, adolescencia y cómo se hace un escritor* (1994) y *De jardines ajenos* (1997) y el volumen de cuentos *Una magia modesta* (1998).

Su obra narrativa le valió diversos galardones, como el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) en 1975 y el Premio Cervantes en 1990. Se lo distinguió como Miembro de la Legión de Honor de Francia (1981) y Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires (1986). Fueron llevadas al cine *El perjurio de la nieve*, con el título de *El*

crimen de Oribe, *Diario de la guerra del cerdo* (dirigida por Leopoldo Torre Nilsson) y *El sueño de los héroes* (con dirección de Sergio Renán).

La narrativa de Bioy Casares se caracteriza por un racionalismo calculado y por un anhelo de geometrizar sus composiciones literarias. El contrapunto a este afán ordenador viene dado por un constante uso de la paradoja y por un agudísimo sentido del humor. Para Bioy, el mundo está hecho de infinitos submundos, a la manera de las muñecas rusas, y la barrera entre verdad y apariencia es sumamente endeble, como se revela especialmente en las ya citadas obras *La invención de Morel* (1940), *Plan de evasión* (1945), *La trama celeste* (1948) o *El sueño de los héroes* (1954).

La aparición de *La invención de Morel* situó inmediatamente a Bioy Casares entre los primeros que en la Argentina abordaron con maestría el género fantástico; de hecho, esa novela actuó como referencia insoslayable para las siguientes generaciones de escritores, que se interesaron por conocer y profundizar en las estrategias del género.

En general, en las novelas y los relatos de Bioy se cuestionan de modo obsesivo y recurrente los estatutos del orden espacial y temporal. Sus personajes se presentan atrapados por fantasmagóricas tramas, obligados a descifrar la compleja estructura de las percepciones, en las que las misteriosas combinaciones entre realidad y apariencia rigen sus existencias cotidianas. Además de un hábil y exquisito manejo del humor y la ironía, la prosa de Bioy Casares suele ser considerada como una de las más depuradas y elegantes que ha dado la literatura latinoamericana.



SILVINA INOCENCIA OCAMPO (Buenos Aires, 28/07/1903 – 14/12/1994). Fue una escritora argentina. Poetisa, cuentista, novelista y autora de teatro, y junto a Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares uno de los grandes escritores fantásticos argentinos. Hermana de Victoria Ocampo, contrajo matrimonio en 1940 con Adolfo Bioy Casares. Desde pequeña estudió pintura y mostró inclinación por la poesía, gracias a la marcada tradición cultural de su familia y a la trayectoria de su hermana Victoria Ocampo, quien la vinculó al mundo literario. Por conducto de Jorge Luis Borges, con quien la unió una gran amistad, conoció a su marido.

A su primera publicación poética, *Enumeración de la patria* en 1942, le siguieron *Espacios métricos* en 1945, *Poemas de amor desesperado* en 1949 y *Los nombres* en 1953. Incursionó con mucho éxito en el cuento, la novela y la literatura fantástica, regresando a la poesía en 1962 con *Lo amargo por dulce* y en 1972 con *Amarillo celeste*. Luego publicó *Árboles de Buenos Aires* en 1979 y su antología, *Las reglas del secreto* en 1991.

Obtuvo numerosos premios nacionales entre los que se destacan el Gran Premio Nacional de Literatura en dos ocasiones, el Premio Nacional de Poesía, la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y varios galardones municipales.